



Silencio

Semana Santa 2018
nº 20



Señor, Tú has sido
nuestro REFUGIO
de generación
en generación



JESÚS ABANDONADO



**SIN TU AYUDA
NO SERÍA
POSIBLE**



HAZTE SUSCRIPTOR



 **968 345 001**

 **jesusabandonado.org**



**Mayordomo de Honor
Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio**

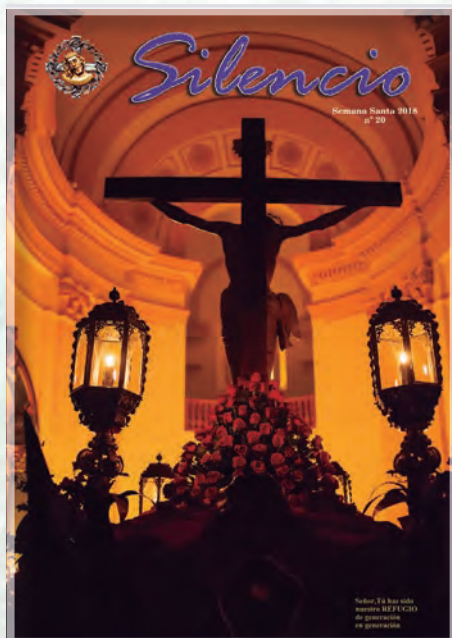


Región de Murcia

**CONTIGO CELEBRAMOS
80 AÑOS
DE EVOLUCIÓN SOCIAL**

grupo social **ONCE**





Revista editada por:

Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio
Parroquia de San Lorenzo (Murcia)

Domicilio social:

Plaza Sardoy 2 - 30003 Murcia
www.cofradiadelrefugio.org
cofradiadelrefugio@gmail.com

Portada:

Juan Antonio Fernández Labaña

Fotografías:

Juan Antonio Fernández Labaña
Vicente J. Montesinos
Juanchi López

Coordinadores:

Manuel Ayuso Medina
Domingo Garriga Puerto

Maquetación:

Pedro González Moreno

Las fotografías son propiedad de sus autores y quedan sujetas a lo que la ley de Propiedad Intelectual establece para su reproducción o transmisión.

La dirección de la revista no se hace responsable del contenido de los artículos ni de las opiniones vertidas en los mismos, que serán responsabilidad exclusiva de sus autores.

Depósito Legal:

MU-403-1999
Nº20. AÑO 2018

Índice

Carta del Obispo. <i>José Manuel Lorca Planes.....</i>	3
Saluda del Alcalde. <i>José Ballesta Germán.....</i>	5
Setenta y cinco años de la primera procesión. <i>Alfredo Hernández González.....</i>	7
La Semana Santa, celebración del Misterio Pascual. <i>Ramón Sánchez-Parra Servet.....</i>	9
Palabras del presidente de la Universidad Católica, con motivo del 75 aniversario del Cristo del Refugio. <i>José Luis Mendoza Pérez.....</i>	11
Nazarena del Año 2018. <i>Mª Ignacia Ródenas Martínez.....</i>	13
El Silencio, conversación con Dios. <i>Encarna Talavera Gómez.....</i>	15
Ante Cristo Crucificado en su silencio. <i>Francisco Javier Díez de Revenga.....</i>	17
Besoin el deseo del cambio. <i>Juan Carlos Morejón de Guirón Bascuñana.....</i>	19
Silencios y palabras. <i>Luis Emilio Pascual Molina</i>	21
Palabras de Jesús en la Cruz III. <i>F. Martínez Fresneda.....</i>	23
La Procesión del Silencio cumple 75 años. <i>Juan Antonio De Heras.....</i>	25
La espantosa tormenta. <i>José Antonio Sánchez López.....</i>	27
Que bien suena tu voz en el Silencio. <i>Luis Alberto Marín González.....</i>	29
Cincuenta años de un Jueves Santo que pudo ser histórico. <i>José Emilio Rubio Román.....</i>	31
Las enseñanzas de Jesús: De maestro de la ley a la Resurrección Salvadora. <i>Joaquín Ángel de Domingo Martínez.....</i>	33
L'Indaco. <i>Antonio Fuentes Segura.....</i>	35
Trabajar en silencio. <i>José Ramón Guerrero Bernabé.....</i>	37
Blanca. <i>Pedro Luis Sáez López.....</i>	39
Soy Fisioterapeuta. <i>Antonio Martínez.....</i>	41
Las cofradías y los barrios. <i>Alberto Castillo Baños.....</i>	43
María, Nuestra Maestra en el silencio. <i>Antonio Sevilla Recio.....</i>	45
El poder de la Caridad. <i>Jesús Ángel López Molina.....</i>	47
El Santísimo Cristo del Refugio. <i>Francisco Sardina.....</i>	49
Jueves Santo, Obrar en silencio. <i>Alfonso Sánchez Martínez.....</i>	51
El Cristo del Refugio entre la estética de la escuela Castellana y la Andaluza. <i>José Luis Melendreras Gimeno.....</i>	52
22 de abril de 1943, La primera procesión. <i>Manuel Ayuso Medina.....</i>	55
Las nuevas estaciones del Vía Crucis.....	57
Memoria de actos del año 2017.....	63



ZACARIAS CERREZO

Cartel Zacarias Cerreo D.L. MU 21-2018



Ayuntamiento
de Murcia

Región de Murcia



Turismo de Murcia.es

HOLY WEEK / SEMAINE SAINTE / KARWOCHÉ

DECLARADA DE INTERÉS TURÍSTICO INTERNACIONAL





Carta del Obispo

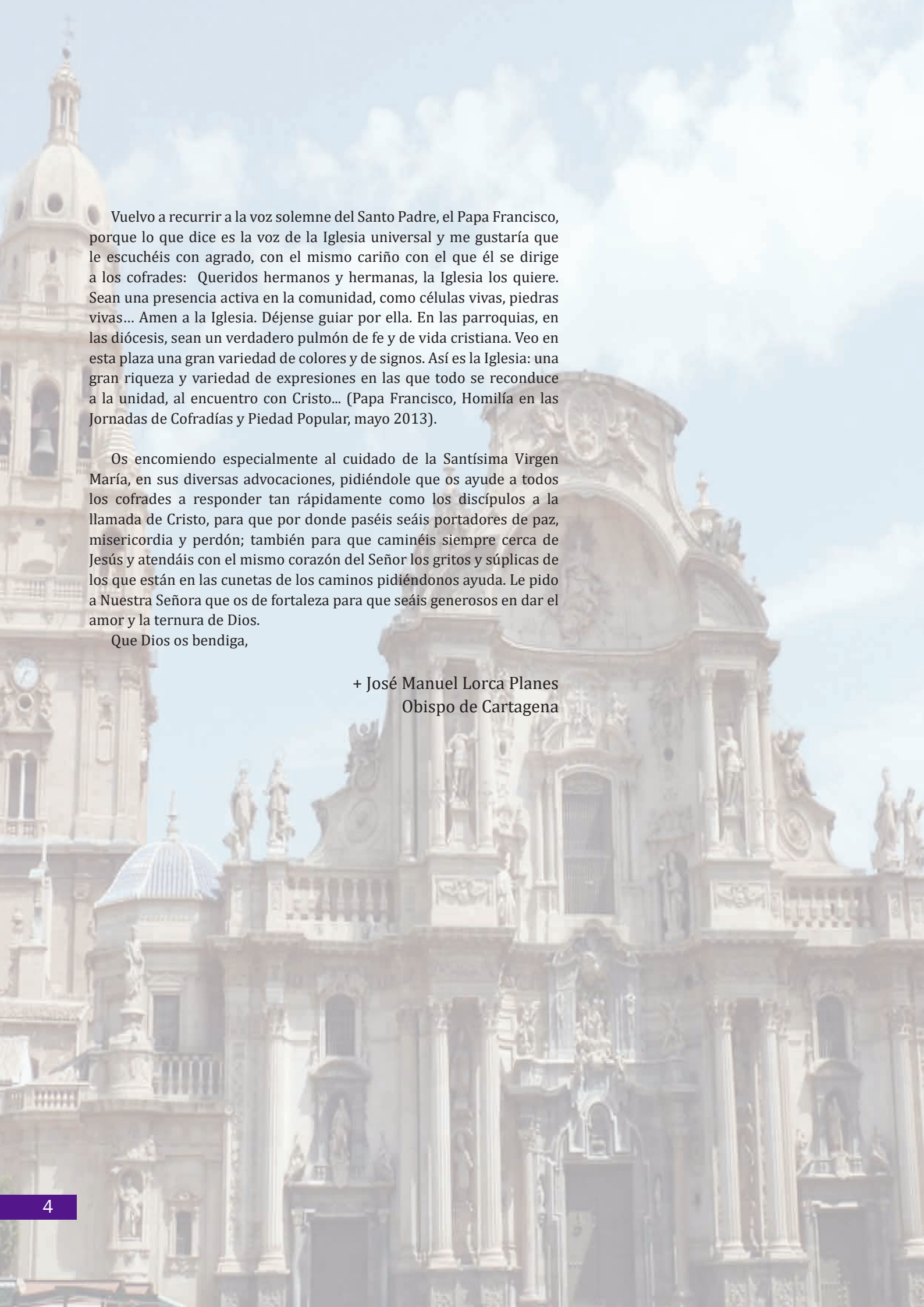


+José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena

Os saludo con afecto a todos los que participáis en la Semana Santa de nuestra Diócesis de Cartagena con un corazón cofrade; a vosotros que dedicáis parte de vuestro tiempo a la hermosa labor de anunciar en la calle la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo; a todos los que en este tiempo de preparación para vivir el esplendor de nuestra Semana Santa ya tenéis revisados y dispuestos todos los elementos necesarios para la procesión, porque nada se improvisa y todo lo cuidáis con esmero; a vosotros, que me habéis demostrado que sois conscientes de vuestra gran responsabilidad y de que sois enviados por la Iglesia a la evangelización, a sacar a la calle el misterio central de nuestra fe. La Cofradía no es una simple asociación de personas para conseguir unos objetivos más o menos inmediatos. Es una forma de vivir en cristiano, de seguir a Jesucristo, de estar en la Iglesia, de caminar como ciudadanos de este mundo, de sentir el calor de la propia familia. Una Hermandad no es solamente una agrupación a la que se pertenece, ni siquiera una serie de actividades religiosas en torno a unas imágenes veneradas. La Hermandad es un espíritu, una vida, una fe, un patrimonio espiritual.

A vosotros, tan importantes y necesarios, queridos cofrades, os pido que aprovechéis el tiempo de Cuaresma y Semana Santa para espabilar vuestros oídos escuchando la Palabra de Dios, potenciando las obras de caridad y que deis gracias a Dios por todas las oportunidades que os regala para la alegría. Vivir como cristianos todos los días y amar al Señor Jesús de verdad, te favorece para acogerle en tu corazón y en tu propia vida. Para todos los cristianos, pero especialmente para los cofrades, Cristo es el centro de atención y hacia Él deben dirigir sus pasos, pensamientos y toda la actividad, porque Jesús nos ha dado ejemplo de amar a Dios Padre, de hacer su Voluntad y de entregar la vida por amor.

Queridos cofrades, vosotros sois custodios de la piedad popular, de ese bendito tesoro que tiene la Iglesia y que nos ayuda para permanecer en una sana espiritualidad. Dadlo a conocer, anunciadlo a todos con generosidad y proclamad a los cuatro vientos vuestra felicidad por haberos fiado de Jesucristo. El olor del incienso al paso de las sagradas imágenes nos recuerda la importancia de dar testimonio de vida, porque las buenas obras de caridad, llegan a los otros antes que la palabra y exhalan el buen olor de la fe. Así evangelizaréis las cofradías, con el ejemplo antes que con la palabra, y despertaréis los sentimientos de fe profunda, que están en el corazón de nuestro pueblo y favoreciendo la cercanía del necesitado al corazón misericordioso de Dios. Mis palabras están apoyadas en estas del Papa: *Acudan siempre a Cristo, fuente inagotable, refuercen su fe, cuidando la formación espiritual, la oración personal y comunitaria, la liturgia. A lo largo de los siglos, las Hermandades han sido fragua de santidad de muchos que han vivido con sencillez una relación intensa con el Señor. Caminen con decisión hacia la santidad; no se conformen con una vida cristiana mediocre, sino que su pertenencia sea un estímulo, ante todo para ustedes, para amar más a Jesucristo.*



Vuelvo a recurrir a la voz solemne del Santo Padre, el Papa Francisco, porque lo que dice es la voz de la Iglesia universal y me gustaría que le escuchéis con agrado, con el mismo cariño con el que él se dirige a los cofrades: Queridos hermanos y hermanas, la Iglesia los quiere. Sean una presencia activa en la comunidad, como células vivas, piedras vivas... Amen a la Iglesia. Déjense guiar por ella. En las parroquias, en las diócesis, sean un verdadero pulmón de fe y de vida cristiana. Veo en esta plaza una gran variedad de colores y de signos. Así es la Iglesia: una gran riqueza y variedad de expresiones en las que todo se reconduce a la unidad, al encuentro con Cristo... (Papa Francisco, Homilía en las Jornadas de Cofradías y Piedad Popular, mayo 2013).

Os encomiendo especialmente al cuidado de la Santísima Virgen María, en sus diversas advocaciones, pidiéndole que os ayude a todos los cofrades a responder tan rápidamente como los discípulos a la llamada de Cristo, para que por donde paséis seáis portadores de paz, misericordia y perdón; también para que caminéis siempre cerca de Jesús y atendáis con el mismo corazón del Señor los gritos y súplicas de los que están en las cunetas de los caminos pidiéndonos ayuda. Le pido a Nuestra Señora que os de fortaleza para que seáis generosos en dar el amor y la ternura de Dios.

Que Dios os bendiga,

+ José Manuel Lorca Planes
Obispo de Cartagena



Saluda del Alcalde



José Ballesta Germán

Alcalde de Murcia

Murcia, durante su Semana Santa hace un alto para obedecer al silencio. Silencio de Jueves Santo que solo es roto por las ásperas gargantas de los auroros y los murmullos del raso en el andar de un nazareno.

En el clamor de nuestra Semana Santa, entre el río colorao de la Sangre y la mañana gloriosa de Salzillo, el Refugio parece ser un breve reposo que nos recuerda a la quietud de la Cuaresma. El silencio pide la venia al murmullo de la gente y la marcialidad al desorden ordenado de mayordomos y estantes. Diferente, mas no por eso menos murciano, durante el Jueves Santo no existe la diversidad de tiempo ni de espacio. Todo se concentra “ahora” y en San Lorenzo.

Antes de marcar las diez, justo antes, un enjambre de capuces negros se concentran en los aledaños de San Lorenzo, aquellos que estilizan entre masas de gente el perfil de nuestra Semana Santa. Nazarenos tapados, de silencio, cofrades anónimos en los que no existe más diferencia que la altura.

Debería ser de obligado cumplimiento para todo nazareno murciano vivir lo que se vive aquí cada Jueves Santo dentro de San Lorenzo. Cientos de nazarenos aguardan, pero allí, lo único que se oye es el arrastre de sandalias por el mármol del templo. Todos esperan y aguantan hasta la respiración mientras la iglesia se ilumina al ritmo del encendido de velas y el silencio es adornado, pero no quebrado, por el himno del titular que me parece estar escuchando ahora: “¡Señor y Dios mío!, tu infinito amor por la Humanidad, te crucificó en el tosco leño de la Redención, y en él te contemplo con sumo dolor.”

Cada año todo se cumple y cuando el reloj marca las diez, Murcia calla, Murcia se apaga, Murcia se paraliza y con ella la vida de los murcianos que en la intimidad del silencio y la oscuridad se conmueven con la crudeza de este Crucificado. Aquel de rostro desencajado y ojos entornado. Lleva a sus espaldas no solo la cruz de nuestros pecados sino también siglos de historia, reserva y sigilo de la Murcia que lo contempla.

Hablar de Semana Santa es hablar de Murcia, es entonar un canto de amor a nuestra tierra. En ella se contiene lo que somos, pues impregnada del carisma de los murcianos nos habla con voz ancestral para contarnos el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo en esta ciudad pretérita, que como una particular Jerusalén, alimenta su cultura y nos ofrece el más bello encuentro con Dios.



Setenta y cinco años de la primera procesión



Alfredo Hernández González
Abad de la Cofradía

Si a lo largo de todo el año 2017 hemos celebrado las Bodas de Platino de la aprobación de los Estatutos de nuestra Cofradía, estamos a las puertas de celebrar los **setenta y cinco años** de que el Santísimo Cristo del Refugio saliera por primera vez en Procesión.

Al principio de los años cuarenta las procesiones en la ciudad se habían reducido al mínimo. Quedaban Lunes, Miércoles y Viernes Santo. Todas ellas eran al estilo de nuestra tierra con las túnicas típicas y los caramelos y otras viandas que se repartían como obsequio.

El Obispo que regía nuestra Diócesis, Don Miguel de los Santos Díaz y Gómara, quería impulsar la Semana Santa como una catequesis viva de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor.

Pensó que el día apropiado para una nueva Procesión era el Jueves Santo. Ese día requería otro estilo de procesionar. Era un día en que ni siquiera los coches circulaban por las calles. Había que esperar en silencio la Pasión y Muerte del Señor para poder vivir la alegría del Sábado de Gloria.

Con un grupo de caballeros profundamente cristianos se pusieron manos a la obra. Se trataba de sacar a la calle una sola imagen que fuera el centro de las miradas, y qué mejor que un Crucificado.

La Iglesia de San Lorenzo, en los años de la guerra civil, **estuvo convertida en un refugio**. En su sacristía había una Imagen de un Crucificado del siglo XVI, de valor incalculable y de autor desconocido.

Como no tenía ninguna advocación qué mejor que aplicarle las palabras del Salmo 89: **“Señor, Tú has sido nuestro Refugio, de generación en generación”**. Así lo llamaríamos desde entonces: **CRISTO DEL REFUGIO**.

Y llegó la Semana Santa de 1943. Los primeros cofrades habían hecho su voto de silencio todo el tiempo que estuvieran vistiendo la túnica. Era silencio que tendría que convertirse en oración acompañando a Jesús en las horas amargas de la Oración del Huerto.

Se consiguió que las calles estuvieran apagadas y, a las doce de la noche, se abrieron las puertas del templo parroquial. En un trono prestado el **Cristo del Refugio** iría bendiciendo nuestras calles.

Cuando se celebran los setenta y cinco años tenemos motivos más que suficientes para dar gracias a Dios de que **nuestro Cristo del Refugio haga tanto bien a todos los murcianos**.





La Semana Santa, celebración del Misterio Pascual



Ramón Sánchez-Parra Servet
Hermano-Mayor

Es para mí un gran honor, dirigirme a todos los hermanos cofrades de nuestra querida Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio, en este año 2018 que nuestra revista cumple 20 años. Parece que fue ayer cuando se presentó el número 1 en los salones de la O.N.C.E, mi agradecimiento a todas las personas que han hecho posible que nuestra revista haya llegado y Dios quiera que sigan muchos números más al número 20. Os felicito y animo a que sigáis trabajando con la misma ilusión, entrega y fervor que lo hacéis para seguir engrandeciendo la Cofradía y nuestra Semana Santa.

La Semana Santa es una expresión de nuestras tradiciones, de arte, cultura y de testimonio de nuestra fe. Sin la fe, todas las manifestaciones que se realizan en torno a ella, quedarían vacías de contenido y no tendrían ningún sentido.

En cada Semana Santa, la Iglesia Universal celebra y contempla agradecida el Misterio Pascual de Cristo, es decir, la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor, en las celebraciones sacramentales y litúrgicas que son las más importantes.

Es una oportunidad que se nos brinda para meditar en esos días de la Pasión Redentora de Cristo, en el hecho por excelencia del Hijo amado de Dios, “la hora” determinante de su vida, el momento amenazador del cáliz de la amargura, el final del compromiso adquirido por el Señor, que lo llevó a la muerte, sin volver la vista atrás, la consecuencia inevitable de su valentía y de su coherencia con lo que vivió y predicó, la valentía con que tuvo que enfrentar la cobardía de sus discípulos, la traición de Judas, la triple negación de Pedro...

En estos días santos de la Semana Mayor contemplaremos la entrega heroica de su vida, el gesto máximo de su amor por el Padre y por la humanidad, rubricados por su preciosísima sangre y sellados por el amor infinito de Dios, que aceptó su pasión y muerte emocionado y que lo resucitó de entre los muertos.

El Señor y la Iglesia espera que seamos leales a esta misión, que nos gastemos totalmente en nuestro empeño por ser Apóstoles de Jesucristo. Esperan que carguemos sobre nuestros hombros, con alegría, la Cruz de Jesús, y que la abracemos con la fuerza del amor, llevándola en triunfo por todos los caminos de la tierra.

Que en esta gran Semana de Pasión, ofrezcamos la oportunidad a los demás de contemplar al Cristo del Refugio presente entre nosotros, signo de fe, esperanza, convivencia, solidaridad y tolerancia.

Feliz Semana Santa.





Palabras del presidente de la Universidad Católica, con motivo del 75 aniversario del Cristo del Refugio

José Luis Mendoza Pérez

Presidente de la Universidad Católica de Murcia

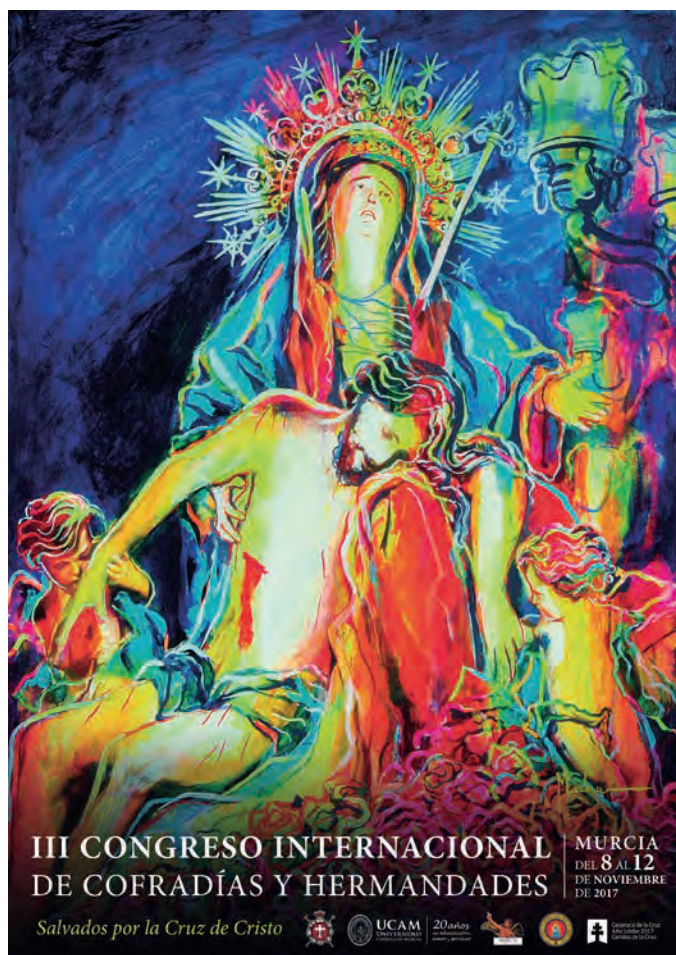
En el pasado mes de noviembre tuvo lugar en nuestra Universidad Católica San Antonio de Murcia el III Congreso Internacional de Hermandades y Cofradías. La UCAM es sede permanente de dichos congresos por designación de la Santa Sede. Fue un acontecimiento no solo académico, sino también y sobre todo evangelizador, que tuvo como título “Salvados por la Cruz de Cristo”. En efecto, a través de las celebraciones litúrgicas, especialmente de la Eucaristía, de la oración personal, y la participación en el Vía Crucis y la Magna Procesión pudimos apreciar mejor cómo el amor de Dios manifestado en Cristo muerto y resucitado nos ha reconciliado, nos ha hecho gratos en su presencia y nos ha salvado de la muerte, abriendo para nosotros la esperanza de la vida eterna.

Asimismo pudimos constatar la verdad que contienen las palabras del papa Francisco en su Encíclica *Evangelii Gaudium*: Cómo *“en la piedad popular puede percibirse el modo en que la fe recibida se encarnó en una cultura y se sigue transmitiendo... Y cómo las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización”*, ya que refleja «una sed de Dios que solamente los pobres y sencillos pueden conocer» y que «hace capaz de generosidad y sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe», según el pensamiento del Beato Papa Pablo VI en su exhortación *Evangelii Nuntiandi*.

La misma encíclica del Papa, *Evangelii Gaudium* ya citada, afirma que la piedad popular no solo es «una manera legítima de vivir la fe, un modo de sentirse parte de la Iglesia, sino también una forma de ser misioneros», pues *“En la piedad popular, por ser fruto del Evangelio inculturado, subyace una fuerza activamente evangelizadora que no podemos menospreciar: pues sería desconocer la obra del Espíritu Santo.”*

A través de las aportaciones de los distintos ponentes se puso de manifiesto otro gran valor de la religiosidad cofrade: la importancia social que posee en su vivencia y en sus expresiones de fe, la convierte en elemento cohesionador de la sociedad, al mismo tiempo que manifiesta su fuerza creativa en tantas manifestaciones culturales que conforman un rico patrimonio de la Iglesia y que conforman un testimonio permanente de su vida a lo largo de la historia de fe de los pueblos y comunidades cristianas. La piedad popular, en efecto, asume el carácter de los diversos pueblos en los que se vive y refleja la inalienable dignidad de las personas que de esa forma se sienten así cerca de Dios y comparten fraternalmente su fe.

Lo hasta aquí expuesto son algunas de las conclusiones del mismo que, como creo, nos ayudarán a profundizar en el sentido de la pertenencia a esta gran Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio.







Nazarena del Año 2018

M^a Ignacia Ródenas Martínez

Nazarena del año 2018

Cuando vuestro presidente, mi querido amigo Ramón, me invitó a escribir un artículo para la revista “Silencio” me sentí honrada, hablar sobre tan magnífica procesión es un orgullo pues conservo en mi memoria hermosos recuerdos que guardo como un tesoro.

Siendo jovencita asistía puntualmente cada año a San Lorenzo para ver recorrer las calles del casco antiguo a los nazarenos del Refugio. Me impresionaba sobremanera la solemnidad con la que desfilaban.

Pasaron los años y acompañada de mi marido tuve el privilegio de asistir desde su interior a los momentos previos a la salida del templo, pude contemplar, no sin asombro, como en el más sobrecogedor de los silencios comenzaban a llegar puntuales a su convocatoria los nazarenos ya ataviados con su capuz, cómo sin mediar palabra se van ordenando los penitentes en estricto orden, numerados de tal forma que los más cercanos al trono sean los números menores; cómo las mujeres, de mantilla, aguardaban, recogidas en oración, esperando ver salir a su Cristo, al señor del silencio, a su Cristo del Refugio, al que acompañan hasta su recogida.

¡Y qué recogida!, solemne donde las haya, digno colofón de tan magna procesión, capaz de encogerte el corazón tan sólo con ver a sus cofrades de rodillas como una alfombra humana esperando a lo largo de toda la calle hasta ver entrar al Cristo en su iglesia.

Emocionantes vivencias que puedo compartir con vosotros gracias a la invitación de vuestro hermano mayor y de vuestra junta particular.

Deseo que este año sea, como mínimo, tan glorioso como los anteriores y que podamos disfrutar como siempre de vuestro buen saber hacer por nuestras queridas calles de Murcia.

Me gustaría, para terminar, agradecer de corazón que siempre me acojáis con tantas muestras de cariño. Muchas gracias.





El Silencio, conversación con Dios

Encarna Talavera Gómez

Pregonera de la Semana Santa de Murcia 2018

Siempre me he preguntado por qué el silencio es tan importante para un cristiano, yo como comunicadora siempre me pregunto qué sentido tiene, pues, si no hay palabras, ¿entonces?...

Hace unos años conocí a las monjas clarisas de clausura en Cieza que viven el silencio como parte fundamental de su vida y no lo entendía, ¿qué hacen?, ¿Para qué?. Simplemente estuve para compartir con su capellán una entrevista sobre el significado del Miércoles de Ceniza y su simbología. Y fue un encuentro realmente especial.

Hoy al pedirme esta cofradía un artículo, quiero recordar a estas religiosas pues son las que me hicieron ver en mí el significado del silencio en la vida del creyente.

Para una comunicadora no es fácil pero como ustedes verán entre el silencio se mueve de manera especial Jesús de Nazaret, en la sencillez, en lo que menos nos esperamos tiene una lección que darnos y creo que esto ayudará a los distintos penitentes a tener, no sólo un sentido cultural y tradicional de la magnífica procesión del silencio, sino que en ese silencio, nuestro corazón y nuestra conciencia, que es el mismo Dios, se ponen a conversar, si lo dejamos, de una manera impresionante.

Sí, en esos momentos de silencio es dónde Dios nos habla, en ocasiones cuando uno se acerca a un velatorio ante la muerte de alguien cercano o un familiar, al principio, no sabes que decir, a mí me ocurre, y comienzan los gestos de afecto en medio del silencio para que veamos que debemos “callar” ante el Misterio que es la Muerte para llegar a la Resurrección.

Pero eso sucede con cualquier Misterio como puede ser nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. El silencio es necesario por eso me encanta disfrutar del Jueves Santo con vuestro respeto y con las conversaciones interiores que podáis tener desde el silencio más profundo.

En la cofradía del Santísimo Cristo del Refugio, el Jueves Santo es sobrecogedor, ese voto de silencio dentro de la institución es tal, que en el mismo momento en el que los nazarenos se colocan el escapulario tienen que mantener dicho voto hasta que una vez terminada la procesión, regresan a sus domicilios y se lo retiran. La procesión no cuenta con acompañamiento musical alguno, si exceptuamos los dos tambores que abren y cierran el cortejo. Aún eso hace que retumbe más el silencio en las calles de Murcia.

Amigos que leéis este artículo y que aún no habéis descubierto esta procesión, quiero destacaros el momento de su recogida en San Lorenzo. No os adelanto más, pero hay que verlo, vivirlo, por supuesto, en silencio.

Tradición, Cultura, Religiosidad.... Y un silencio que es necesario en medio de tanto ruido social y que nos replantea la vida y su sentido así como nuestra relación con nuestro Señor. Ahora entiendo porque María la madre de Jesús guardaba todo en “silencio” en su corazón, ante tanto misterio ante tanto amor, ante tanta maravilla no puedo una sino dejar conversar a Dios en su Corazón.

Este año que tengo la suerte de ser la pregonera de la Semana Santa de Murcia, os diré que, aunque sobre todo escucharéis mis palabras esa mañana en el teatro Romea, mis silencios hablarán aún más.

Buena carrera y que el “Maestro” nos enseñe, como cada año, a descubrir lo más profundo de nuestra Alma y Corazón.





Ante Cristo Crucificado en su silencio

Francisco Javier Díez de Revenga

Cronista Oficial de la Ciudad de Murcia

Meditar la Pasión de Cristo al paso de la murciana procesión del Silencio mientras el Cristo del Refugio atraviesa en la oscuridad la noche del Jueves Santo la ciudad de Murcia, invita a recordar algunos textos escritos por poetas que permanecen en un lugar muy alto de la historia de la literatura española, y eso es lo que pretende esta aportación la revista *Silencio* de la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio.

El Cristo en silencio que evocó Unamuno en su inmortal poema «El Cristo de Velázquez», a comienzos del siglo pasado («Tú que callas, ¡oh Cristo!, para oírnos, / oye de nuestros pechos los sollozos; / acoge nuestras quejas, los gemidos / de este valle de lágrimas. Clamamos / a Ti, Cristo Jesús, desde la sima / de nuestro abismo de miseria humana, / y Tú, de humanidad la blanca cumbre, danos las aguas de tus nieves») tuvo siglos antes en devotos muy excelsos manifestaciones en la palabra de una poesía encendida que merece ser recordada. Los poetas de nuestro Siglo de Oro se aproximaron con devoción pero también con pasión a la imagen de Cristo Crucificado y con sus palabras podemos revivir la emoción de aquellos lejanos españoles tan excelsos como inspirados.

Así, Lope de Vega en uno de sus más célebres sonetos («Pastor que con tus silbos amorosos») alude al despertar del poeta al apoyarse en la propia Cruz («Tú que hiciste cayado de ese leño, / en que tiendes los brazos poderosos»), y para implorar la mirada del Señor («vuelve los ojos a mi fe piadosos») y el retorno a la fe y al amor de Dios del poeta, sin que los pecados impidan («no te espante el rigor de mis pecados, / pues tan amigo de rendidos eres»), y cerrar esta encendida oración con la presencia de la imagen de Cristo clavado en la Cruz: «Espera, pues, y escucha mis cuidados, / pero ¿cómo te digo que me esperes, / si estás para esperar los pies clavados?».

Francisco de Quevedo, en otro soneto memorable, «En la muerte de Cristo, contra la dureza del corazón del hombre» medita ante la imagen del Crucificado el momento de la muerte y su trascendencia para el ánimo del ser humano, y contra la dureza de su corazón. Es la imagen del Crucificado que suscita la piedad del descreído: «Pues hoy derrama noche el sentimiento / por todo el cerco de la lumbre pura, / y amortecido el sol en sombra oscura, / da lágrimas al fuego, y voz al viento; / pues de la muerte el negro encerramiento / descubre con temblor la sepultura, / y el monte, que embaraza la llanura / del mar cercano, se divide atento», mientras el descreído se manifiesta en su dureza de corazón: «de piedra es hombre duro, de diamante / tu corazón, pues muerte tan severa / no anega con tus ojos tu semblante».

Otro soneto de Lope de Vega, de hermoso ritmo narrativo, y con un título muy singular «Fuerza de lágrimas», nos descubre al gran poeta y creyente, entrando en una iglesia para rezar ante Cristo Crucificado, mortificado y contrito el escritor por su propios pecados: «Con ánimo de hablarle en confianza / de su piedad entré en el templo un día, / donde Cristo en la cruz resplandecía / con el perdón que quien le mira alcanza». Humilde y esperanzado, el poeta entiende



su presencia en el templo como una osadía, por dirigirse, inmerecidamente, al Crucificado: «Y aunque la fe, el amor y la esperanza / a la lengua pusieron osadía, / acordéme que fue por culpa mía, / y quisiera de mí tomar venganza». Pero, insólito en Lope de Vega, se queda absorto y sin palabras ante el Señor, y la intención es abandonar y salir del templo por no ser capaz de articular una oración de arrepentimiento implorando perdón. Pero ante la Cruz se produce el milagro al contemplar la imagen de Cristo: «Ya me volvía sin decirle nada, / y como vi la llaga del costado, / paróse el alma en lágrimas bañada: // Hablé, lloré y entré por aquel lado, / porque no tiene Dios puerta cerrada / al corazón contrito y humillado».

Por último, otro poeta excelso del gran siglo de los contrastes, Don Luis de Góngora, legó para la posteridad otro emotivo soneto, este titulado «A Cristo en la Cruz», en el que el creyente y sacerdote pone su palabra tan inspirada siempre, al servicio de su lector, y se detienen en los detalles más impresionantes ante la imagen del Cristo: «Pender de un leño, traspasado el pecho / y de espinas clavadas ambas sienes; / dar tus mortales penas en rehenes / de nuestra gloria, bien fue heroico hecho». Porque ante Cristo el creyente humillado solo encuentra consuelo mientras medita y reflexiona sobre el gran misterio de la Pasión y de la Redención: «Pero más fue nacer en tanto estrecho / donde, para mostrar en nuestros bienes / a dónde bajas y de dónde vienes, / no quiere un portadillo tener techo», para cerrar, finalmente, en los tercetos con la oración del poeta ante Cristo Crucificado: «No fue esta más hazaña, ¡oh gran Dios mío!, / del tiempo, por haber la helada ofensa / vencido en flaca edad, con pecho fuerte // —que más fue sudar sangre que haber frío—, / sino porque hay distancia más inmensa / de Dios a hombre que de hombre a muerte».

No estaría completa esta relectura de poemas del Siglo de Oro dedicados a Cristo en la Cruz si no recordásemos, para cerrarla, al más conocido de todos los sonetos, de autor anónimo, aunque se le ha atribuido a San Francisco Javier, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús y con más probabilidad a San Juan de Ávila, atribución que hizo el gran hispanista francés Marcel Bataillon por estar dedicado el poema al amor de Dios por Dios mismo, que se explica en otros textos del santo: «Aunque no hubiese infierno que amenazase, ni paraíso que convidase, ni mandamiento que constriñese, obraría el justo por sólo el amor de Dios lo que obra», en su *Glosa del «Audi filia»*. Nos estamos refiriendo al tantas veces reproducido soneto «A Cristo crucificado»: «No me mueve, mi Dios, para quererte / el cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte. // Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido, / muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muévenme tus afrentas y tu muerte. // Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, / que aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera. // No me tienes que dar porque te quiera, / pues aunque lo que espero no esperara, / lo mismo que te quiero te quisiera».

Nada pide el creyente a cambio y ante el Crucificado solo el amor a Dios lo conmueve y lo mantiene firme en su fe. Nada importa más que ese amor que el poeta manifiesta y reitera verso a verso hasta llegar a ese final en el que la palabra poética se convierte en manifestación de fe y de amor ante Cristo Crucificado. Meditar así ante la imagen del Santísimo Cristo del Refugio en su procesión murciana de Jueves Santo es desde luego el anhelo que todo creyente quiere repetir cada año en el silencio de la noche única.



Besoin el deseo del cambio Hagamos de la “evolución una revolución”

Juan Carlos Morejón de Guirón Bascuñana

Delegado Territorial de la ONCE en la Región de Murcia

Queridos lectores de la revista silencio, un año más nos acercamos a la Semana Santa murciana, a nuestras tradiciones, costumbres y al silencio, meditación y rezo. Este año 2018, es muy importante para la Organización que represento, pues cumplimos 80 años.

Por tanto hagamos una retrospectiva. Corre el año 1938, recién iniciado el mismo nace en Roma el Rey Juan Carlos I de España, si bien, no sería hasta el periodo de democratización de nuestro país (1975) cuando toma posesión de su trono, otro acontecimiento de suma importancia es la creación de la Organización Nacional de Ciegos españoles (ONCE), fundada el 13 de diciembre de este mismo año. Estamos en tiempos de guerra, donde lamentablemente las personas con discapacidad aumentan a centenares, provenientes de los combates entre españoles. Surgen nuevas necesidades sociales, y un grupo de personas ciegas deciden vivir de su trabajo, de la venta del conocido cupón pro-ciegos, rechazan una pensión y vivir de la caridad pública y por tanto, se echan a la calle a ganarse su sustento como el resto de las personas, con su trabajo y un empleo digno. En definitiva, optan por no rendirse, y aprender a seguir trabajando en medio de las adversidades.

Después de una enorme perseverancia, como las grandes cosas que se consiguen con esfuerzo, dedicación y mucho trabajo, se llega por fuerza al momento en que se alcanzan los resultados favorables, o dicho de otra forma, las personas que poseen un deseo de cambio extraordinario siempre serán capaces de cumplir sus metas. Son esas personas, que sienten un impulso interno que les ha llevado a no rendirse nunca. Y es por ello que aquellos valientes que decidieron luchar consiguieron con su esfuerzo una institución que en la actualidad es un referente mundial por su modelo de crear empleo y dar servicios sociales.

Por ello, a poco que nos fijemos, vemos como una vez más compartimos los principios fundamentales con la religión cristiana, no rendirnos, no bajar los brazos, perseverar y seguir luchando hasta conseguir de la evolución una revolución. Estamos consiguiendo que las personas con discapacidad podamos estar integradas en la sociedad. Y que la primera convención internacional sobre derechos humanos del siglo XXI sea la Convención Internacional de Derechos Humanos para las Personas con Discapacidad. (Nueva York, 13 de diciembre de 2006).

La perseverancia de todos los cristianos de la Región de Murcia está consiguiendo que la Semana Santa murciana sea un referente religioso y cultural. Así, durante este año hemos visto exposiciones y procesiones de una calidad extraordinaria, y un millón de cristianos nos han visitado en una de las cinco únicas poblaciones del mundo que gozan de destino jubilar, Caravaca de la Cruz, al igual que Jerusalén, Roma, Santiago de Compostela y Liébana. De todas estas efemérides hemos tenido el placer de acompañaros y difundirlo a través de nuestro cupón por toda España e incluso en el mundo entero por internet.

Necesitamos seguir día a día trabajando por un mundo mejor, hasta conseguir una revolución, no bélica ni sangrienta como tuvo que sufrir nuestro Señor Jesucristo, sino una revolución moral en la sociedad, donde cada vez todos sintamos el deseo del cambio, de aceptar que no hay que adaptar las cosas a las personas, si no por el contrario que hay personas con capacidades diferentes y que son capaces de aportar también ellas, y mucho, a la sociedad.

Queridos cofrades de la hermandad del Silencio sigamos juntos, mantengamos principios que ayuden a conseguir un mundo mejor, disfrutemos la Semana Santa y un año más, desde nuestra Organización a través de nuestros centinelas de la ilusión, que son nuestros vendedores, y toda la hermandad cristiana recordemos cómo hemos hecho posible hacer de la evolución una revolución. Feliz Semana Santa 2018. ONCE.





Silencios y palabras

Luis Emilio Pascual Molina

Capellán de la Cofradía de Ntro. Padre Jesús Nazareno y Capellán de la UCAM

“**S**i la palabra no es mejor que el silencio, calla”. Como ésta, hay otras muchas sentencias y proverbios que nos hacen presente el valor o la inutilidad de las palabras, así como el significado de muchos silencios. Hay palabras de honor, palabras que hieren, palabras que matan y palabras que salvan, hay palabras vacías, hay palabrería o charlatanería... Hay silencios cómplices, silencios que otorgan, hay mutismo interesado, y hay también silencios que gritan más que muchas palabras. La liturgia cristiana es todo un compendio de palabras y silencios. ¡Qué maravilla cuando sabemos hacer uso, en cualquiera de nuestras celebraciones, de las palabras y de los silencios!

En el primer capítulo del libro del Génesis aparece la palabra creadora de Dios: “Y dijo Dios... y se hizo”. Isaías pone en boca de Dios: “Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo... así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo”. Toda la Escritura es una “palabra” de Dios al hombre concreto que la lee, la proclama o la escucha; cada personaje y cada acontecimiento, está en función nuestra, nos habla a nosotros, porque es palabra viva. Dios habla en la historia de cada ser humano, en el día a día de su vida, con su *Palabra* y con su *Silencio*, porque ciertamente Dios, a veces, calla, oculta su rostro, para que el hombre descubra su vacío sin Él, su absoluta soledad. Jesús es la Palabra, el Verbo de Dios, de ahí que su toda su vida sea un cumplimiento de la Voluntad del Padre. Y así, en el Evangelio, se narra la sorpresa que causa entre escribas y fariseos el modo de hablar -y callar- de Jesús.

Como no podía ser de otro modo, el momento cumbre de la vida de Jesucristo, el Misterio Pascual de su Pasión, Muerte y Resurrección, acontecimiento nuclear de la Fe cristiana, está tejido de “*palabras y silencios*”. En las escasas doce horas que transcurren desde la oración de Jesús en Getsemaní hasta su crucifixión, el texto bíblico nos presenta múltiples palabras de Jesús, y también significativos silencios. Después, una vez crucificado, durante las tres horas de agonía, Jesús pronunciará otras siete palabras. Serán las últimas de su vida terrena y la tradición las ha reflexionado en torno a lo que se ha dado en llamar el “Sermón de las siete palabras”.

Os transcribo, para vuestra meditación, **los siete silencios de Jesús en la Pasión** -silencios que hablan-, y me voy a limitar a dejar que hable -desnudo- el texto bíblico. Sugiero al lector que cuando contemple la impresionante imagen del Cristo del Silencio, en la Iglesia de San Lorenzo o en la calle, tenga como trasfondo estos silencios.

1. “¿No respondes nada?... pero Jesús seguía callado” (Mt 26, 62-63). Así, ante el Sumo Sacerdote, al que contestará cuando se lo pida en nombre de Dios, Jesús no se defiende. Marcos comentará: “No respondía nada” (Mc 14, 61).
2. “Y, mientras los sumos sacerdotes y los ancianos le acusaban, no respondió nada... hasta el punto que el procurador estaba sorprendido” (Mt 27, 12-14).
3. No dijo nada a Pedro después de sus negaciones, solamente “se volvió y miró a Pedro” (Lc 22, 61).
4. “Tampoco contestó” a los hombres que le tenían preso, se burlaban de él y le preguntaban (Lc 22, 63).
5. “Pero Jesús no respondió” (Jn 19, 19). Se refiere a Pilato, que tiene que apelar a su autoridad para forzar la respuesta de Jesús.
6. “Pero él no respondió nada” (Lc 23, 9). Es Herodes, quien preguntaba con mucha palabrería y curiosidad. Aquí si que le hubiera sido fácil a Jesús salvarse con una palabra complaciente.
7. Pedro nos transmitirá más tarde esta reflexión: “al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquél que juzga con justicia” (1 Pe 2, 23).

El Papa Benedicto XVI nos dijo: “El cristiano sabe cuando es tiempo de hablar de Dios y cuando es oportuno callar sobre El, dejando que hable solo el amor. Sabe que Dios es Amor y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar... En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor” (“Deus caritas est” nº 31).

Es lo que hizo Jesús en las horas de su Pasión.

Contemplemos y aprendamos de sus palabras y sus silencios.

¡Que aproveche!





Palabras de Jesús en la Cruz III

F. Martínez Fresneda

**«Jesús gritó con voz fuerte:
Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).**

El grito que precede inmediatamente a la muerte en Marcos (15,37), Lucas lo convierte en una oración recogida del Salmo 31,6 y practicada por Israel como oración de la tarde.

Lucas acentúa la actitud de oración de Jesús a lo largo de su ministerio: Como Jesús cree en el Dios personal de su pueblo con las connotaciones que venimos exponiendo, también sigue su tradición en la intensa y extensa comunicación con Él. No reza al margen ni en contra de la herencia que ha marcado la relación de Israel con el Señor. Los Evangelistas señalan las situaciones y las ocasiones en las que ora.

Lucas, el más prolijo en resaltar esta actitud orante, escribe que «se dirigió según costumbre al monte de los Olivos» (Lc 22,39), predisposición que tiene con mucha frecuencia (Lc 5,16; 6,12). Es un hábito propio de su familia de hondas raíces religiosas (Lc 2,1-52; 4,6) y que lo revela al ir a la sinagoga *según su costumbre* (Lc 4,16). Jesús ora en cualquier sitio, según las circunstancias de su ministerio: solo y en un lugar apartado (Mc 1,35; 6,46par; Lc 9,18), en el monte (Lc 9,28), en la explanada del templo (Jn 12,27-28), en la cruz (Mc 4,33par; Lc 23,46), rodeado de sus discípulos (Q/Lc 11,2-4; Mt 6,7-13) o de la gente que le sigue (Q/Lc 10,21-22; Mt 11,25-27; Jn 11,41-42).

Lucas resalta las situaciones importantes de la proclamación del Reino: el bautismo (3,21), la elección de los Doce (6,12), la declaración de Pedro sobre su mesianismo (9,20), las predicciones de su pasión (9,22), la transfiguración (9,28), la última cena (22,32), la agonía en el monte de los Olivos (22,41) y en la cruz momentos antes de morir (23,46).

Jesús practica los tres tiempos de la oración judía. Reza por la mañana (Mc 1,35; cf. Lc 10,26-27), al mediodía durante la ofrenda del sacrificio en el templo (Mt 6,5) y por la noche antes de ir a dormir (Mc 6,46; Lc 6,12). Recita la confesión de fe de Israel, el *Shemá* (Lc 10,26-27; Mt 12,29-30) y, como observamos al principio, cumple con su familia y sus discípulos las fiestas preceptivas de Israel. Su oración se apoya sobre los dos polos acostumbrados en la piedad judía: bendición, alabanza y súplica, todo ello fundado en la actitud de entrega y confianza filial en Dios.

Jesús, pues, indica su pertenencia judía por su fe en Dios y por la forma de comunicarse con Él. El sentido del Salmo que cita Jesús es que el justo se fía de Dios, confía su vida a Él; le cede la custodia de su existencia, cuando los hombres se empeñan en arrebatarla o la tienen minusvalorada.

Jesús recobra su condición filial, por eso Lucas cambia el «Dios» del Salmo por el «Padre» con el que se ha relacionado a lo largo de su vida: en la *Oración de júbilo* (Q/Lc 10,21), en el *Padrenuestro* (Q/Lc 11,2) o cuando se dirige a Dios en Getsemaní (Lc 22,42). Jesús entrega al Padre la poca vida, «espíritu», que le queda; la vida que se ofrece en el momento de la creación (Gén 35,18) y que en Jesús procede del Espíritu y María y forma parte del ser divino; y se la devuelve al Padre como algo que le pertenece esencialmente. Por eso ha nacido de Él, ha permanecido en la vida pendiente y dependiente de Él y a Él se la remite como un acto natural y familiar.

Lo importante aquí es que Jesús es fiel, como fiel ha sido el Señor a Israel a lo largo de su historia. Jesús, como su Padre, sabe cumplir sus misiones por más que la libertad humana desapruera, persiga y haga sufrir a los que, precisamente, sólo buscan el bien para todos los hombres.

Nosotros, como Jesús, nacemos orando con la Iglesia y nuestra familia en el Bautismo; y terminamos la vida rezando con la Iglesia y nuestra familia con la Unción de enfermos. No olvidemos la afirmación de San Pablo: «Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor» (Rom 14,7-12).





La Procesión del Silencio cumple 75 años

Juan Antonio De Heras

Es verdad. El pasado 2017 fue sin duda un año de gran importancia para la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio. No en vano se conmemoró, por cierto con numerosos e importantes actos, que su constitución alcanzaba los tres cuartos de siglo de vida. Me consta, y a Murcia quedó patente, el cariño y la cuidadosa atención que hizo posible que tan señalada efemérides gozara del realce esperado. Fue un año emotivo, en el que no faltó el piadoso recuerdo a quienes impulsaron su nacimiento, y a quienes han sostenido su actividad cofrade durante todo este tiempo.

Siendo lo anterior rigurosamente cierto, no lo es menos que estamos ante otro acontecimiento merecedor de toda atención, pues será en 2018 cuando la Procesión del Silencio se abra paso por las calles murcianas 75 años después de que lo hiciese por vez primera.

Si el año pasado, por tanto, fue el aniversario del nacimiento de la Cofradía y así se celebró, el presente ejercicio nos trae la oportunidad de experimentar la emoción del encuentro del Cristo del Refugio con la devota mirada de quienes han salido a su paso, le han buscado, le han esperado, se han encomendado a él y le han expresado sus inquietudes, sus peticiones, sus miedos y sus anhelos, sus plegarias, en una conexión espiritual que resulta especialmente intensa y particularmente indescriptible, pues no hay palabras capaces de acotar algo que pertenece, por derecho propio, a la intimidad del alma.

Y es que, la noche del Jueves Santo, en Murcia, cambia hasta la densidad del aire. Podría decirles que lo percibo en cada mirada, pero prefiero confesarles que no me hacen falta testimonios, pues así es como lo he experimentado siempre. Porque la Procesión del Silencio lo que nos ofrece es, exactamente eso, una experiencia personal, la caricia de un Cristo escariado, torturado hasta la muerte y aún así presto a acogernos en su infinita bondad, dispuesto a ser nuestro Refugio.

Y así tuvo que ser, a buen seguro, desde el principio. A ello se encomendaron, con plena consciencia de la transcendencia del momento, quienes iniciaron esta bendita andadura pasional. Cuidaron todos los detalles empezando por el más importante, que no es otro que la dimensión espiritual, pues es la que sostiene y fundamenta el resto.

Por esta razón, si la actividad desde los meses previos a la creación de la Cofradía y la que sobrevino después, una vez promulgado el decreto de erección, fue ya un “ponerse en camino”, las horas previas a que las puertas de San Lorenzo se abrieran por primera vez para dar salida al desfile penitente, resultaron especialmente intensas.

En su edición del 21 de abril de 1943, Miércoles Santo, el Diario de Murcia refería los diferentes actos preparatorios que se habían llevado a cabo. Lo hacía de la siguiente forma:

“Por la mañana, a las ocho, en el templo de San Lorenzo, tuvo lugar la imposición de insignias a los cofrades, los cuales, después de asistir a una solemne misa de Comunión general, prestaron juramento ante los Evangelios, recibiendo a continuación el emblema de la Cofradía, consistente en un collar dorado, en cuya parte principal se destaca la efigie en relieve del Titular; en la parte posterior figura una inscripción con el siguiente lema: “Cofradía del Santo Cristo del Refugio. Procesión del Silencio. Murcia, 1943”.

Proseguía en su relato este periódico, que “por la tarde, a las ocho, se produjo la bendición de las túnicas, después del Santo Rosario y del sermón, que estuvo a cargo del R. P. Francisco Javier Leandro Sánchez Ocaña, quien en párrafos documentadísimos describió maravillosamente la vida de Jesús como Hijo de Dios, terminado con una ferviente súplica al Santísimo Cristo del Refugio, para que bendiga a la Cofradía y a los que la componen”



Acto seguido, y por el abad de la Cofradía “procediose a la bendición e imposición de las túnicas”, informado el redactor que “éstas son de satén negro con capaz y muceta de raso morados y sandalias negras”.

Siendo, además, la primera vez que Murcia iba a asistir y contemplar este cortejo procesional, resultaba preciso trasladar algunas instrucciones, en forma de petición. Así, se comunicaba que a las doce en punto de la noche, desde la iglesia parroquial de San Lorenzo Mártir, daría comienzo la procesión, rogando “a cuantos la presencien guarden riguroso silencio y respeto durante su paso, dado el carácter de penitencia del cortejo. También se agradecerá que se procure no salgan al exterior luces algunas de los balcones y ventanas”.

Ya en Jueves Santo, este mismo medio, uno de los más leídos de la época, recordaba de nuevo la solicitud anteriormente expresada, al tiempo que detallaba el que habría de ser su itinerario: “Iglesia de San Lorenzo, Alejandro Seiquer, Saurín, Vara del Rey, Rambla, Santo Cristo, Merced, plaza de Santo Domingo, José Antonio, plaza de la Cruz, Salzillo, plaza de Belluga, Alejandro Salazar, Glorieta de España, Tomás Maestre, Frenería, Jara Carrillo, San Pedro, Jiménez Baeza, plaza de las Flores, Santa Catalina y San Cristóbal.

El resumen de lo que hemos podido leer, de lo que el Diario de Murcia relataba, nos lleva precisamente a esa doble dimensión, tan necesaria. De un lado, la de quienes desde el anonimato de sus identidades acompañan, en penumbra, la presencia poderosa de Cristo, que es Refugio. De otro lado, la de quienes, como nazarenos de calle, de plazas y balcones, se aprestan a escuchar desde el silencio, que es donde Dios nos suele hablar con más fuerza.

Y así ha sido, feliz e ininterrumpidamente, durante los últimos 75 años, desde aquella Semana Santa de 1943, que transcurrió “con la mayor animación y con tiempo espléndido”, según refieren también las crónicas del momento.

Y así habrá de ser, Dios mediante, el 29 de marzo, un Jueves Santo para el que ya nos hemos puesto en camino, para el que ya nos estamos preparando.



© Fernández Labaña



La espantosa tormenta (Relato Ficción)

José Antonio Sánchez López

Tras el comienzo de la guerra civil española, los dirigentes del ayuntamiento de Murcia habilitaron y destinaron la semi-destruida iglesia de San Lorenzo de nuestra ciudad para acoger a los cientos de refugiados quienes, huyendo o siendo evacuados de las zonas cercanas a los frentes bélicos de Andalucía mayormente, se vieron obligados a abandonar sus casas y buscar cobijo en Murcia, que era una zona de retaguardia.

Aquella mañana hizo frío en Murcia. Amaneció de repente y también de repente apareció la lluvia.

Fue una mañana, un día inusualmente duro en nuestra ciudad. Hacía frío, bastante frío. Los fuegos de las varias pequeñas hogueras encendidas por todo el recinto de la iglesia convertida en refugio crepitaban, mientras el viento aullaba más y más sobre los tejados.

Se produjeron continuos y persistentes chaparrones y lloviznas durante todo el día, con alguna que otra tan tímida como breve salida de sol.

El cielo se estaba oscureciendo cada vez más y la gente miraba arriba y se persignaba con cara de espanto.

Súbitamente, un fuerte trueno, fue el presagio de lo que acontecería después, cuando de repente, la gente comenzó a correr despavorida para refugiarse, allí donde podía, de la fuerte lluvia que empezó a caer.

De pronto el cielo pareció partirse en dos y un fuerte relámpago iluminó las calles y los edificios. Tras el cimbronazo del relámpago ya transformado en rayo surgió el ruido espantoso del trueno sobre las cabezas de todos los presentes, que estaban asomados atónitos y asustados a las puertas del refugio, quedando todos aturridos por el intenso ruido.

En la tormenta que se abalanzó sobre la ciudad de Murcia, cada estruendo producido por los relámpagos rasgaba el cielo de arriba a abajo. La visión de ello asustaba y llenaba de espanto a las gentes refugiadas en el recinto de lo que fue iglesia. Sentir el atronador retumbar ponía los pelos de punta a los refugiados y en cada chispazo de luz de los continuos relámpagos, se veían sus caras desencajadas por el miedo.

En esos momentos de incertidumbre, la gente pensaba en sus familiares, en sus amigos o en sus personas cercanas. El terror les hacía pensar que la muerte podría estar rondando muy cerca de ellos en aquellos instantes.

Después de los muchos esfuerzos realizados para escapar de la zona de guerra de donde procedían, intentaban llevar el tremendo tormentón con serenidad, aunque el terrible temporal les parecía sencillamente aterrador.

En esto, llegó hasta la iglesia una mujer corriendo. Parecía muy poca cosa, empapada como estaba, con la ropa pegada al cuerpo y su melena oscura lacia sobre la frente, que apenas dejaba ver los rasgos de su cara. Parecía que estaba llorando y sus lágrimas se fundían con la lluvia en un torrente único que se deslizaba por sus hombros, por su cuerpo, hasta llegar al suelo y mezclarse con el charco que se formó bajo ella.



Aquella mañana y aquella tormenta fueron terribles y no se podrá siquiera imaginar la terrible frialdad, la terrible soledad, la terrible maldad de aquellas primeras horas de la mañana.

Para poder creer lo que ocurrió ese día, primero habría que vivir bajo la tormenta, resguardado en cualquier portal de la calle o en el pórtico de la iglesia, viéndola aproximarse con esa enorme boca negra, con esos aullidos aterradores, con esa masa compacta de nubes negras precipitándose desde el cielo sin piedad y sin descanso.

La lluvia era una cortina densa e impenetrable, que no dejaba ver más allá de la escasa luz proyectada por los faroles de gas o las teas de leña ardiendo con que se alumbraban los refugiados.

El día transcurrió bajo una tormenta incesante, en la que los reiterados truenos hacían crujir y estremecerse los muros del refugio con su retumbar.

En el interior del mismo, conforme avanzaba el día y la noche, el miedo hizo que se produjese un silencio incómodo que contrastaba con el ruido de truenos, el crujir de muros y el rodar de pequeños cantos agitados por el viento.

Al llegar la madrugada, el fuerte viento continuaba soplando, la lluvia empezó a arreciar y la inusitadamente fuerte tormenta eléctrica hacía estremecerse a las pobres gentes refugiadas en la antigua iglesia.

De repente, el vendaval de viento arrancó un buen número de tejas del tejado del refugio. Cuando los refugiados vieron el techo volar y después el agua que comenzaba a entrar por el hueco abierto en el tejado inundando el recinto del refugio, fue la primera vez que la mayoría de ellos empezaron a pensar que realmente no iban a sobrevivir. Ahí fue cuando casi entraron en estado de pánico, pues aquel fue el instante más aterrador del aciago día.

En los peores momentos de la espantosa tormenta, cuando los estremecedores truenos hacían retumbar de forma terrible los muros de la iglesia-refugio, dando la sensación de que de un momento a otro cederían, sepultando bajo los escombros a los cientos de refugiados en ella, muchas de aquellas aterrorizadas personas acudieron a implorar la protección de un impresionante Cristo Crucificado de gran tamaño que se hallaba olvidado de todos en la sacristía, semi oculto tras unos cortinajes y que milagrosamente se había salvado de su destrucción durante el asalto a la iglesia de San Lorenzo en los primeros días de la guerra.

Con el aterrador miedo dentro de su cuerpo, la mayoría de los refugiados se dejaron caer de rodillas ante el impresionante Crucificado de la sacristía, rogándole clemencia y pidiendo por su salvación en un trance tan agónico.

Transcurrida aproximadamente una hora desde que los refugiados comenzaron sus oraciones a los pies del Crucificado, la intensidad de la lluvia comenzó a amainar, convirtiéndose paulatinamente en una llovizna que acabó por cesar, mientras el vendaval de viento decreció en su intensidad, dando paso a una calma desconocida entre los refugiados durante las últimas horas en que la furiosa tempestad se había adueñado de los cielos de Murcia.

Con gran alivio, los refugiados aún siguieron orando ante el Cristo crucificado durante un buen rato más, aunque esta vez, las súplicas dejaron paso al agradecimiento más sincero por haberles salvado de la virulenta tormenta que habían padecido.

Desde aquel día, la impresionante imagen de aquel milagroso Crucificado fue conocida por todos con el nombre de **Cristo del Refugio**.



Que bien suena tu voz en el Silencio

Luis Alberto Marín González

Mayordomo de Honor

Qué bien suena tu voz, Señor en el silencio. Qué claro te escucho cuando callo. Cómo puedo sentirte cuando sólo deseo escucharte. Cuántas cosas me dices, Señor, en el silencio.

Nuestros hábitos cotidianos, nuestro modo de vida, imposibilitan otorgar al silencio la trascendental importancia que encierra en su propia definición: “la falta de ruido”. Y, si entendemos el ruido, desde su acepción semiológica, como “la interferencia que afecta a un proceso de comunicación”, encontramos que, en ausencia de ruido, la comunicación resulta más eficaz, ergo, la ausencia de ruido, esto es, el silencio, se reputa como un elemento favorecedor de la comunicación.

Pero, ¿cómo voy a ser capaz de comunicarme desde el silencio?. Sin duda, la clave está en el receptor.

La comunicación cotidiana, la que frecuentamos inconscientemente, requiere de la interacción de aquel al que queremos hacer llegar nuestro mensaje. De lo contrario, correremos el serio riesgo de encontrarnos hablando solos, lo que no hará sino poner en duda a los demás acerca de nuestras capacidades volitivas. Aún hoy, buscamos en los oídos de jóvenes y no tan jóvenes los auriculares de los dispositivos que permiten hablar con el teléfono móvil sin usar las manos, antes de emitir un juicio de valor sobre el estado mental del individuo en cuestión.

Sin embargo, en el proceso de comunicación con Dios nos encontramos con ciertas particularidades. El emisor es el mismo, aquel que quiere hacer llegar su mensaje, el canal es el mismo, ora sea la transmisión oral ora sea la escrita, pero el receptor es, sin duda, singular. ¿Cómo afrontar este proceso comunicativo tan especial? La respuesta es clara, desde el silencio.

Cuando se pierde el silencio, se pierde la capacidad para sentir la belleza, la capacidad de asombrarse. Al igual que ante la observancia de un hermoso cuadro o la lectura de un libro, el silencio se hace necesario para descubrir la esencia, porque el silencio desnuda lo superficial y mantiene lo primordial. Y así ha de ser en nuestra relación con el Creador. Acudamos al silencio como medio de acercarnos a Dios, procuremos el silencio, esforcémonos primero por callar, de ahí nacerá en nosotros lo que nos conducirá al silencio.

Busquemos así las hermosas palabras del Hermano Rafael, cuando, interpelado por el significado del silencio, explica que *“el silencio de la Trapa no es silencio, es un concierto sublime que el mundo no comprende. Es ese silencio que dice: No metas ruido, hermano, que estoy hablando con Dios. Es el silencio del cuerpo para dejarle al alma gozar de la contemplación de Dios. No es el silencio del que no tiene nada que decir, sino el silencio del que teniendo muchas cosas dentro, y muy hermosas, se calla, para que sus palabras, que siempre son torpes, no adulteren el diálogo con Dios”*.

En este año en que he tenido el inmenso privilegio de ser nombrado Mayordomo de Honor de esta hermosa cofradía, quiero volver mi mirada silenciosa, una vez más, en la noche del Jueves Santo, como he hecho desde pequeño, cuando año tras año acudía de la mano de mis padres a la cita con el Cristo de San Lorenzo, antes temeroso, ahora esperanzado y acompañado por mis hijos, que le dirigen su mirada con la misma devoción que sus padres y abuelos, para, desde el silencio, entablar el más íntimo e intenso diálogo que me acerque cada día más a Él. Señor del Refugio, hálame en el silencio. Señor del Refugio, déjame escucharte.





Cincuenta años de un Jueves Santo que pudo ser histórico

José Emilio Rubio Román

Se cumplen ahora 50 años del Jueves Santo de 1968. Pudo ser histórico, pero no lo fue. Al menos para la Cofradía del Refugio. Pero pongamos al lector en situación.

Fue el año de la Primavera de Praga, del asesinato de Martin Luther King y del triunfo de Massiel en Eurovisión. El año del primer crimen de ETA, del mayo francés y del magnicidio de Robert Kennedy. Los Beatles lanzaron Hey Jude y los americanos detonaron un montón de bombas atómicas en el desierto de Nevada. Bob Beamon voló en México para establecer un récord de salto de longitud que perduró más de 22 años y España perdió sus colonias en el golfo de Guinea. Fue también cuando Nixon ganó sus primeras elecciones a la Presidencia de los Estados Unidos, y cuando se estrenó la película musical Oliver, ganadora del Oscar.

En Murcia también pasaban cosas de interés. Porque en 1968, bajo el jardín de Santa Isabel, se abrió el primer aparcamiento público subterráneo de la ciudad. Y también se inauguraron el sanatorio Virgen de la Vega y el primer hospital de la Arrixaca, hoy Morales Meseguer, aunque en realidad venía funcionando desde mediados del año anterior.

Fue cortada la cinta de los flamantes edificios de la Facultad de Filosofía y Letras y del Instituto de Orientación y Asistencia Técnica del Sureste (IOATS), en la avenida de la Fama, demolido más tarde para construir las actuales sedes del Instituto de Fomento y de la Consejería de Familia e Igualdad de Oportunidades. Y también inició su andadura, aunque en Alcantarilla, el Museo de la Huerta. Tres inauguraciones, a cargo del ministro Lora Tamayo, que se produjeron un día antes de que comenzara el quinario cuaresmal del Refugio.

Y también se inauguró, pocos días antes del comienzo de la Semana Santa, la Feria Internacional de la Conserva y la Alimentación, la popular FICA, que aún da nombre, para muchos murcianos, al recinto donde se emplazaba. Aunque el ministro de Comercio visitó la importante exposición unos días después, lo cierto es que en el acto de apertura de puertas se personó quien era por entonces director general de Industrias Textiles, Alimentarias y Diversas, un joven Rodolfo Martín Villa, que años después ocuparía varios ministerios y llegaría a ser, incluso, vicepresidente del Gobierno.

La FICA de 1968 duró diez días, y cerró sus puertas el Miércoles Santo... bajo un intenso aguacero. El mismo que impidió a los nazarenos coloraos de la Preciosísima Sangre de Cristo cumplir con su piadoso ritual de siglos, llevando su procesión a las calles de Murcia. Y en este punto, es donde entre en juego aquél Jueves Santo, de hace justo medio siglo, que estuvo muy cerca de ser histórico.

Porque los mayordomos de la popular cofradía del Barrio, reunidos de urgencia en cabildo extraordinario, bajo la presidencia de Joaquín García Estañ, recordaron que en tiempos pretéritos aplazaron su colorista cortejo pasionario al Jueves Santo cuando la meteorología adversa les impidió sacarlo el Miércoles.

Siendo esto cierto, también lo era que las cuatro últimas veces que se había dado tal contingencia, los años 1909, 1923, 1927 y 1934, quedó suspendida definitivamente la procesión, y que la última vez que se acudió al recurso de trasladarla al Jueves, en 1906, la frustración fue doble, ya que estando toda ella en las calles, hubo que disolverla a toda prisa ante un inesperado chaparrón, tenido que refugiarse unos pasos en San Bartolomé, otros en el Palacio Episcopal o en Santo Domingo, e incluso alguno en el Hotel Patrón, sito frente al Casino.

Pero había otras diferencias relevantes entre aquellos casos de primeros del siglo XX y el de 1968, pues los oficios litúrgicos ya no se celebraban por las mañanas como antaño, y existía, desde 1943, la procesión del Silencio, que comenzó a salir a las diez de la noche a partir de 1958.



Barajando todas las opciones, los cofrades de la Sangre llegaron a la conclusión de que la procesión podría salir a las cuatro de la tarde del Jueves Santo, sin interferir por tanto ni en la celebración de los cultos en la parroquia ni en el normal discurrir de los nazarenos del Refugio.

Y allí se presentaron a primera hora de la tarde los mayordomos, estantes y penitentes coloraos, disipadas las nubes que echaron a perder la noche anterior y dispuestos a protagonizar un hecho histórico: la Sangre y el Silencio recorrerían las calles de Murcia el mismo día, y cuando la procesión huertana por excelencia estuviera terminando de recogerse en el Carmen, saldrían los penitentes de San Lorenzo a impregnar de silente luto el Jueves Santo.

Pero no pudo ser. Así lo narraba al día siguiente el diario 'Línea': *"A pesar de haberse anunciado para las 4 de la tarde de ayer, jueves, la salida del cortejo procesional de los "coloraos", que el día anterior había suspendido su salida por la lluvia, a la hora anunciada y entre la sorpresa de los cofrades que habían acudido provistos de sus túnicas a la parroquia del Carmen, y del numerosísimo público que se había estacionado ante la iglesia y en la Alameda de Colón para presenciar la iniciación del cortejo, éste no salió a la calle.*

Según parece, la coincidencia con los Oficios Sagrados del Jueves Santo, fue la que ocasionó la decisión del párroco de no dejar salir la anunciada procesión, suspendiéndose provisionalmente la misma hasta las 8 de la noche del mismo día. Pero ante las quejas de los mayordomos, penitentes, cofrades y público por esta demora, que podía haberse previsto la víspera, cuando se acordó el nuevo horario, el Cabildo de la Cofradía, reunido en Junta extraordinaria con asistencia del párroco y representante de la autoridad, se decidió suspender definitivamente el desfile.

Mientras duraban las deliberaciones, varios mayordomos decidieron sacar algunas "pasos" a la calle, seguramente como muestra del desagrado con que habían acogido las decisiones del párroco; sacando sobre la acera de la iglesia, donde quedaron expuestos durante largo rato, Las Mujeres de Jerusalén y La Magdalena (debe de tratarse de La Samaritana) completamente adornados de flor natural y dispuestos para el desfile procesional. Ante las demandas de orden por parte de los rectores de la Cofradía, fueron devueltas de nuevo al templo.

El ambiente, tanto fuera como dentro del templo, era de natural expectación y de malestar. Varios números de la Policía Armada, entre ellos un sargento y tres cabos primeros, se colocaron dentro y fuera del templo para evitar cualquier manifestación tendente a alterar el orden. El público, al correrse la noticia de la suspensión definitiva de la procesión de los "coloraos", de tanto raigambre entre los cortejos de Semana Santa murciana, mostró vivamente su disgusto por la medida, por entender que perjudica la seriedad de los desfiles de la Semana de Pasión, que hacen acudir a miles de forasteros para contemplarlos".

Me contaba hace años algún veterano mayordomo, presente aquella tarde en el Carmen, que hubo más que palabras en la sacristía entre el equipo parroquial y los directivos, y también que la suspensión definitiva, tras plantearse la opción de la salida a las ocho de la tarde, el horario habitual de la procesión, se descartó finalmente en atención a permitir el normal desenvolvimiento de los nazarenos del Refugio.

El caso es que aquél Jueves Santo, que pudo ser histórico y no lo fue, acabó en un gran escándalo que llevó aparejada la dimisión del presidente de la Cofradía y abrió paso a la etapa del doctor Ángel García García como máximo rector de la veterana y popular hermandad pasionaria.

Y si el Jueves Santo de 1962 entró en la historia porque, también por causa de la lluvia que cayó el Martes Santo, desfilaron el mismo día el Rescate y el Refugio, hubo que esperar hasta 2005 para que otra procesión, la denominada de La Soledad, esta vez de manera estable, y también organizada por la Archicofradía de la Sangre, compartiera jornada nazarena con el Refugio, en un programa que, a estas alturas de 2018, ya puede considerarse perfectamente armónico y consolidado. Y que sea por muchos años.



Las enseñanzas de Jesús: De maestro de la ley a la Resurrección Salvadora

Joaquín Ángel de Domingo Martínez

Los antecedentes o preparación de María y José para el triduo de la Pasión, Muerte y sobre todo Resurrección de Cristo, conscientemente a tenor de los Evangelios, la hizo Jesús con ocasión del cumplimiento con la Ley de Moisés que obligaba a los varones israelitas a presentarse tres veces por año ante el señor: en Pascua, en Pentecostés y en la fiesta de los Tabernáculos. Ese año 12 de la Era Cristiana, Jesús con sus padres caminó varios días desde Nazaret a Jerusalén para cumplimentar la ley. “Y como un año, entre otros, los dos fuesen /a celebrar la Pascua del Cordero/, para que en todo alegre la tuviesen/, llevaron a Jesús por compañero”(Guillén de Castro).

Pero, la caravana marchó y Jesús se quedó en Jerusalén. Tres días tardaron sus padres en encontrarlo, tras una búsqueda desesperada entre parientes y amigos, a los que incesante y angustiosamente interrogaban ¿por ventura habéis visto al que ama mi alma?. Por fin apareció en El Templo hablando, enseñando y preguntando a los Doctores de la Ley. Esa fue la primera y única vez que Jesús desobedeció a sus padres para ocuparse de las cosas de su Padre, mostrando lo que después sería su actividad de predicación y diálogo con los demás. “Sentado en medio de los doctores, escuchándolos y preguntándoles. Y cuantos le oían, quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas” (Lucas).

“Y a pesar que su Madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón, Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia de Dios y ante los hombres” (Lucas), fue tan terrible la angustia de sus progenitores, que solo se entiende como preparación para lo que sucedió pasados 21 años. Nuevamente su madre La Virgen iba a experimentar ahora, con mayor intensidad, el sufrimiento de perder a un Hijo, esta vez definitivamente tras ser humillado, flagelado (preámbulo legal romano a toda ejecución) y finalmente crucificado. Solo su Resurrección hizo triunfar la vida sobre la muerte, dando sentido al arresto, juicio y crucifixión de Jesucristo.

Este mismo Cristo que cada Jueves Santo recorre nuestras calles, recordando que es el Refugio de cristianos, musulmanes, ortodoxos, y ateos, nos enseñó en El Templo y en su proceso hasta llegar al “lugar de la calavera”, El Gólgota, para ser crucificado, tras atravesar ese brutal padecimiento voluntariamente aceptado para redención de la humanidad. Juzgado por el Sanedrín de Jerusalén y sentenciado por el procurador Pilato a ser flagelado hasta llegar a ser injustamente crucificado entre Dimas y Gestas, tras ser arrestado en el jardín de Getsemaní por un grupo a las órdenes de los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos, gracias a la traición identificadora con un beso de Judas Iscariote. De Anás a Caifás, sumo sacerdote ese año. De Poncio Pilato a Herodes Antipas, tetrarca de Galilea que se encontraba de visita en Jerusalén por la Pascua. De vuelta a Pilato que tras lavarse cobardemente las manos, lo entregó al sufrimiento y muerte en la Cruz bajo el cargo de sedición, al considerar que se había proclamado Rey de los Judíos.

Este mismo Cristo de nuestro Refugio, que tras darle a beber el centurión vino con hiel, fue izado a una Cruz, ya fuera comissa (cruz tau o de San Antonio), o inmissa (con el travesaño abajado), o simplex (manos sobre la cabeza, poste vertical sin travesaño), o cruz árbol (directamente en un árbol), hacia las tres de la tarde del Viernes exclamó “Eloi, Eloi, lamá sabactani” y expiró, ya fuera por un shock hipovolémico a consecuencia de la hemorragia causada por los azotes y los clavos, o por sepsis generalizada por las heridas infectadas, o simplemente por deshidratación e insolación que le llevó a un paro cardíaco. El velo del Templo se desgarró, hubo tres horas de oscuridad, pero al tercer día resucitó para salvación de toda la humanidad. El sacrificio había servido para la salvación eterna. Fue y es, el milagro del triunfo de la vida sobre la muerte.





L'Indaco

Antonio Fuentes Segura

Cofrade del Refugio

Para tantos murcianos y visitantes ha sido un placer asistir a la Exposición *"SIGNUM La gloria del Renacimiento en el Reino de Murcia"* durante el Año Jubilar de Caravaca de la Cruz 2017 que quedará para el recuerdo de sus peregrinos. Si alguna época destacó más al hombre ha sido el Renacimiento, ese tiempo en el que Dios le dejó hacer, siglos XV y XVI, etapa durante la cual nuestro Señor miró hacia otro lado, lo quiso ver libre de pensamiento y obra y esperó resignado a su suerte para saber de qué era capaz su ser preferido estando solo, y cuando ese tiempo prestado al hombre universal concluyó pudo ver lo que había creado y lo que vio era bueno, realmente bueno y aún mejor que todo lo que había creado antes.

Durante el Renacimiento la ciudad de Florencia tuvo su momento de mayor esplendor, centro espiritual y artístico mundial adoptó por aquel entonces a una generación de hombres nuevos, hábiles y cultivados en todas las dimensiones culturales imaginables para dar salida a una pasión mística por el Arte como medio de alcanzar prestigio, una notoriedad que trascendiera sus vidas y les acercara a la Salvación del alma. Entre estos artistas de nuevo cuño destacaban los aprendices educados en el reputado taller de los hermanos Ghirlandaio. Bajo su tutela, siguiendo el uso de la época, los nuevos artistas formalizaban contratos remunerados de estudios para aprender y practicar el arte de la pintura a sus órdenes e instrucciones. Es importante considerar este hecho pues desde allí se exportó el arte renacentista a Roma y a toda Europa a través de la intervención personal y directa de estos autores.

Para ser conscientes de la importancia de esta escuela y de su influencia en el arte y de su capacidad para erigirse como medio de expresar los sentimientos místicos y espirituales de ese hombre nuevo, al taller se había incorporado, entre otros, el mismo Miguel Ángel Buonarrotti quien llamó la atención de sus maestros desde el principio por su destreza en todas las suertes ejecutadas, en la arquitectura, la escultura y la pintura, solo pensar en la Capilla Sixtina produce vértigo.

Sin embargo, ante la incontestable capacidad de Miguel Ángel dominando de forma tan destacada todas las Artes, apenas han trascendido, al menos popularmente, las identidades de quienes le pudieron acompañar en tan singular aventura y solo algunos textos han podido dejar discreto testimonio de sus biografías, convirtiendo a grandísimos artistas toscanos en personajes casi anónimos y desconocidos para el gran público.

Entre ellos podríamos citar a Jacopo di Lazzaro di Pietro Torni, más conocido por L'Indaco. Jacopo Torni fue pintor florentino hijo de un simple panadero toscano, contemporáneo de Miguel Ángel. Jacopo, nacido en 1476, y Miguel Ángel, en 1475, apenas se llevaban un año, consta que fueron amigos y compañeros de aprendizaje en el mismo taller en sus inicios trabajando bajo las mismas instrucciones de sus patronos. Jacopo acompañó a Miguel Ángel a Roma por iniciativa de éste para que le ayudara en las obras encargadas por el Papa Julio II. De buena planta y estatura, rubio, flaco de pocas carnes, tez pálida y rostro enjuto, cuando citamos a Jacopo Torni, que en nuestro país hemos llamado Jacobo Florentino, hablamos por consiguiente de alguien excepcional aunque no sea conocido, un amigo del artista más grande de todos los tiempos, y ambos, al margen de su talento, habían aprendido su técnica juntos, así que su discreta identidad, solo eclipsada por la grandiosidad de Miguel Ángel, podría esconder en realidad una pequeña injusticia ignorando su participación directa en grandes obras y magníficos trabajos casi idénticos, cestos todos hechos con las mismas mimbres del cálculo matemático y geométrico, inspirados por la representación real del cuerpo humano, con rigurosos conocimientos de la anatomía, de la perspectiva, el escorzo y el sfumato. Uno es indiscutiblemente conocido y el otro apenas ha dejado rastro certero de su prolífica obra siendo excepcional, sin embargo pocos



saben que las calles de Murcia tuvieron el privilegio de ser paseadas por tan ilustre y enigmático personaje que a pesar de su corta estancia dejó aquí su impronta. En el año 1522 fue nombrado nada menos que Maestro Mayor de la Catedral de Murcia alzándose a sus órdenes el primer cuerpo de nuestra Torre y el diseño de la Capilla de los Junterones, con su bóveda de horno, y la cajonería de la sacristía que, para deleite de un buen murciano, invito a ver de favor, aunque sea desde el umbral de su puerta pues no está abierta al público normalmente.

En su breve paso por esa España magnífica resultante de la unificación y conquista de Granada, exportando desde Florencia toda esa ciencia renacentista, cuna y escuela de nuestros propios artesanos que más tarde nos han llevado hasta nuestro espectacular barroco, a Jacobo Torni se le atribuyen obras de extraordinario valor tanto en Granada como en Jaén, o en Villena donde la muerte le cogió de forma temprana. Entre ellas y con enorme acierto, tras complejos y debatidos estudios de los más ilustres expertos historiadores, por contraste con otras imágenes de la misma época con grandes similitudes, parece que por fin debemos dar por sentado que L'Indaco, Jacobo Torni Florentino, es el autor de la imagen de nuestro Santísimo Cristo del Refugio.

Sin huir de las posibles discrepancias que siempre existirán sobre el enigma de su procedencia, sabemos que esas trazas espectaculares del florentino que son cuna de nuestra devoción tuvieron una directa influencia sobre la imagen que veneramos, y es hora de dar homenaje y lustre a este ejemplo de Renacimiento en Murcia que tenemos obligación de honrar. Imagino que a su autor, desde allá donde esté su alma, que no dudo deberá ser en el Cielo, le agradecerá saber que quinientos años después de su obra en Murcia nos acordamos de él, por eso celebro que nuestro Hermano Mayor y Presidente del Real y Muy Ilustre Cabildo Superior de Cofradías de Murcia, D. Ramón Sánchez-Parra Servet, me diera a conocer el “Estudio sobre la imagen del Santísimo Cristo del Refugio”, en el que sus autoras, María del Loreto López Martínez y Paloma Jiménez García, nos hacen llegar sus valientes conclusiones investigadoras fruto además de los trabajos de restauración de la imagen.

Disfrutamos de un impresionante crucificado de valor incalculable no solo por nuestra devoción sino por su importancia histórica y artística, la imagen de un Cristo que transmite piedad y dolor como un sentimiento que remueve nuestra Fe pero exento de ensañamiento y de rencor, pues su autor, sin duda un gran artista y persona con firmes convicciones, no hizo del sufrimiento de Jesús un objetivo sino expresión de resignación y de satisfacción por una misión cumplida y perfecta, su sacrificio como testimonio y ejemplo ante todos los hombres. Sentados a su lado en la parroquia de San Lorenzo buscando recogimiento, su mirada en tránsito es de perdón e indulgencia hacia nuestro pecado. Tenemos los murcianos un Cristo dulce y muy cercano, pues su rostro y toda la imagen es inspiradora de amor, de pena y de arrepentimiento. Esta enorme y descomunal obra que nos trajo el Renacimiento inspirada en la muerte de Jesús nos tienta a alzar la vista primero para encontrarnos con su mirada, aunque luego, obligados, tengamos que bajar la cabeza con humildad, tanto que nos cuesta avergonzados subir la mirada de nuevo. Es una imagen capaz de recordar incluso a los que no creen que, al margen de la Fe, la Historia nos ha enseñado que ese Hombre fue real, que fue un hombre bueno, y que su ejemplo ha marcado el curso de los tiempos.

Para que Jacobo Florentino L'Indaco no caiga en el olvido y hacer homenaje a su regalo os invito a mirar a nuestro Cristo como siempre pero aún más orgullosos. También a que os acerquéis a la Catedral a ver otros ejemplos de su influencia y, especialmente, desde las rejas de su capilla, al Cristo de la Misericordia, fijaos en él con atención, no digo más. El enigma del origen de ambos no debe empañar la vida de quien trajo aquí su arte, su escuela y su amor a Dios, dejándolo entre nosotros para que podamos contemplarlo eternamente.



Trabajar en silencio

José Ramón Guerrero Bernabé

Estimados hermanos de la Cofradía del Stmo. Cristo del Refugio, con mucho gusto recibo el encargo de nuestro Hermano Mayor, de escribir unas líneas para la revista "Silencio", publicación nazarena que se ha convertido en una de las citas esperadas de la Semana Santa murciana, gracias al buen hacer de sus responsables.

Palabras de cariño hacia nuestra Cofradía salen con facilidad de mi pensamiento, al ver cómo se ha sabido mantener la esencia de su fundación, algo que cuesta mucho trabajo que siga siendo así, y que jamás se debe perder. En el año en el que la Hermandad del Rescate, que tengo el honor de presidir, cumple 75 años, siguiendo los pasos de su hermana mayor, la Cofradía del Stmo. Cristo del Refugio, que los cumplió el año pasado, permitirme unas palabras de elogio hacia el Hermano Mayor y a su Junta de Gobierno, palabras que jamás oiréis decir a ellos, entre otras razones porque no están para recibir halagos ni ensalces, sino que su trabajo se hace siempre desde el cariño y el amor a nuestro Titular, que es en definitiva Jesús mismo.

Son incalculables las horas de dedicación que lleva el gobierno de una Cofradía, cientos de horas al cabo del año, hasta en los más pequeños detalles, que no siempre son reconocidas por los hermanos cofrades de la manera correcta, quizás porque tampoco lo sepan. Muchas personas, cuando ven una procesión en la calle, la contemplan, con más o menos fe, algunos incluso, los menos creyentes, como un espectáculo, sin conocer el trabajo y la dedicación de personas que para estar ahí, han quitando tiempo de su trabajo, de su familia, etc..., para que personas como tú, puedan contemplar al Señor de San Lorenzo, al Señor del Jueves Santo, por calles de nuestra amada Murcia.

Siempre se recibirán críticas, es la carga que lleva el cargo, unas veces desde fuera de la Cofradía, que como he dicho anteriormente, por desconocimiento, no saben lo que dicen, pero tú hermano cofrade, no solo tienes el derecho, sino la obligación de saber cómo funciona tu Cofradía, tu querida y amada Cofradía del Stmo. Cristo del Refugio. Quiero con estas palabras, que las personas que las lean, puedan darse cuenta de que son muchos los actos de una Cofradía al cabo del año. Así para que esta revista vea la luz, tiene que haber una persona que solicite los artículos, otra para los anunciantes, otra para las fotos y documentos, otra que la diseñe, y finalmente llevarla a la imprenta, para que tú puedas tenerla en tu mano ahora, y eso son horas y horas que debemos apreciar.

Lo mismo ocurre con el Quinario a nuestro Titular, hay que buscar un predicador del mismo, los programas de mano que se mandan, la colocación del Cristo en el altar mayor, el encargo de las flores, el protocolo, etc...

Y qué decir de la procesión: velas, cetros, estandartes, trono, contraseñas de salida, flores, protocolo, etc..., todo encaminado a que nuestro Señor salga esplendoroso por Murcia, y que podamos aliviarle, en la medida de nuestras posibilidades, la pesada carga que soportan sus brazos desde hace dos milenios, cuando pagó con su vida nuestra redención.

Y luego, se nos olvida lo mejor, ¿Alguna vez has pensado que después de la procesión hay que recoger?. Muy pocos cofrades nos acordamos que después del gozo de la preparación del Jueves Santo, viene la desolación en la recogida. Horas nuevamente de trabajo, para que la Iglesia de San Lorenzo vuelva a como estaba antes, pero que por desgracia nadie se acuerda. Son por tanto, cientos de detalles que no vemos, pero que se hacen, y creerme si os digo, que las cosas no se ponen solas en su sitio; así que, en contra de lo que se dice: "que las procesiones salen solas", lo cierto es que hay que empujarlas un poquito o algo más.

Por todo ello, cuando veáis a un directivo de nuestra Cofradía, solo con una sonrisa y un apretón de manos, le estáis mostrando su apoyo para que sigan trabajando para nosotros, y que todo lo tengan preparado para que los demás podamos disfrutar nuestra estación de penitencia por las calles de Murcia. Sirvan estas líneas, para mostrar mi gratitud y mi pequeño reconocimiento a toda la Junta de Gobierno de nuestra Cofradía para que sigan trabajando, pues somos muchos los que conocemos y reconocemos lo que hacéis por la Cofradía del Stmo. Cristo del Refugio, y en definitiva por la Semana Santa de Murcia.





Blanca

Pedro Luis Sáez López

Cofrade del Cristo del Refugio

Dicen que el blanco es la combinación de todos los colores del arcoíris. Los psicólogos afirman que el color blanco transmite significados que tienen que ver con la inocencia, con la bondad, y más prosaicamente con la salud, la seguridad y la limpieza. Ello, sin perjuicio de las connotaciones que a dicho color le adjudican en las distintas culturas.

En la litúrgica católica los distintos colores de los ornamentos sagrados sirven para subrayar las características de un tiempo determinado del año litúrgico.

El blanco es el color que representa a Dios. Simboliza alegría, pureza, tiempo de júbilo y de paz. Se utiliza durante el tiempo de Pascua y el de Navidad. También se emplea en las fiestas y solemnidades del Señor Jesucristo no relacionadas con la Pasión; en las fiestas y solemnidades en que se celebra a María, madre de Jesús; y en la de los santos que no murieron mártires.

El blanco se utiliza también en la celebración del bautismo y el matrimonio.

Decía más arriba que el blanco simbolizaba pureza e inocencia, atributos propios de los niños y en mi caso de la persona que da título a estos renglones: Blanca, mi nieta, el último regalo Dios ha tenido a bien conceder a mi familia, y que como nueva cofrade aspirante de la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio ha pasado a engrosar nuestra amplia familia nazarena.

Blanca, en honor a la Virgen Blanca, a Santa María Blanca o Nuestra Señora de las Nieves cuya celebración tiene lugar el 5 de agosto en conmemoración a una insólita nevada caída en Roma ese día y que señaló el lugar donde se levantó la Basílica de Santa María la Mayor o Basílica Liberiana en honor a quien la fundó, el Papa Liberio.

Los padres de Blanca y fundamentalmente sus abuelos cofrades del Refugio pretenden con su incorporación a la Cofradía que con sus tres años ya cumplidos y en los albores de su etapa de absorción de conocimientos empiece a compartir con el resto de los cofrades la veneración a nuestro Cristo. Se acerque a Él aun sin entender bien, por su corta edad, el significado de su presencia en cumplimiento del mandato de Jesús a sus discípulos: “Dejad que los niños se acerquen a mí, no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de Dios”.

El otro objetivo o deseo perseguido es el inocular en Blanca el amor por la Semana Santa murciana, en general y a nuestra Cofradía del Cristo del Refugio en particular.

Nuestras cofradías deben ser un vivero en permanente cultivo que atraiga a su seno a los aspirantes a futuros cofrades desde su más tierna infancia, con el fin de que desde esa etapa de su vida empiecen a empaparse del espíritu nazareno, de las tradiciones procesionistas y todo lo que a ellas rodea.

Por eso constituye un verdadero acierto, como tantos otros, que nuestros estatutos contemplen esta figura del cofrade aspirante con esa finalidad la de dar acogida a los niños en nuestra Cofradía y asignarles, como de hecho se hace, un papel protagonista en la procesión del Jueves Santo. Resulta sorprendente y emocionante contemplar cómo pese a su corta edad procesionan con la seriedad, el recato y recogimiento que identifican a nuestro cortejo.

No solo la civilización cristiana o cultura cristiana entendida como civilización o cultura que supera el ámbito de lo religioso y que se adentra desde sus inicios en el arte, las ciencias sociales, la arquitectura, la literatura y la música, sino por supuesto la religión católica y sus ascentrales tradiciones, entre las que se encuentra nuestra Semana Santa, de un tiempo a esta parte están



sufriendo ataques que provienen fundamental y directamente de los movimientos populistas con apoyo en sus postulados adanistas y de pensamiento único.

Ataques o desafíos a los que siguiendo los criterios y opiniones de ilustres historiadores debemos hacer frente sin demora ni titubeos. Porque una civilización decae y tiende a desaparecer como resultado de su impotencia para enfrentarse a los desafíos que se le presentan. Y son precisamente los factores religiosos los que adquieren gran importancia en la formulación de las respuestas a aquellos desafíos.

Este excursio o digresión que realizo desviándome momentáneamente del hilo conductor del artículo conecta con lo expuesto en párrafos anteriores y es que constituye una ineludible e irrenunciable obligación por parte de nosotros sus mayores defender y transmitir a nuestros descendientes las tradiciones cristianas propias de nuestra civilización en aras a evitar el riesgo de su desaparición.

Hagamos a Blanca, nuestra nueva cofrade aspirante, como al resto de cofrades aspirantes, depositaria de las tradiciones murcianas en general, de nuestra Semana Santa en particular y de nuestra procesión del Silencio en especial.

Que nuestro Cristo del Refugio les proteja, ampare y sirva de guía de su desarrollo personal, profesional y por supuesto espiritual, y que el día de mañana mantengan, cultiven, enriquezcan y perfeccionen el rico legado procesionista que van a heredar.

Se lo pido al Cristo del Refugio.





Soy Fisioterapeuta

Antonio Martínez

Cofrade de la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio

Soy fisioterapeuta, y por tanto llevo en la sangre la lucha contra el dolor, quizás por eso desde siempre me he visto atraído por tu vida, Jesús. Observar como escuchaba al enfermo, le transmitía serenidad, los sanaba de sus dolencias

Más tarde, tras observar la parábola del hijo prodigo, Te vi con otra perspectiva, les ofrecías algo masEL PERDON a través de algo más grande que Tú mismo, y con ello la posibilidad de una “nueva vida” no había castigo, solo perdón y alegría por una nueva vida ganada, más que castigo por una vida perdida, en ese momento, cesaba el dolor, ya no lo necesitaba pues se había librado del lastre de esa vida anterior

Hoy te veo en la Cruz, veo tu dolor, tu sufrimiento físico y moral por tus hermanos, ¡te han crucificado por sanarlos!, ¡por perdonarlos!, ¡por ofrecerles una nueva vida!, Cuantas veces me he preguntado ¿por qué? , ¿Porque tanto dolor y sufrimiento? Hoy pienso que Tan fuerte era su Amor, tan fuerte su Convicción, que nos enseñó una gran lección que ni el odio ni el dolor consiguió destronar su amor a las obras de Dios

Y me pregunto.....¿y ahora?.....¿qué puedo yo hacer por Ti?, ¿qué puedo hacer para mitigar Tu dolor, para que Tu sufrimiento no haya sido en vano? Solo unas frases me vienen a la cabeza, perdona como yo perdono, ama como yo ame, sana como yo sane, usa mi legado para crear un mundo mejor

Y fue pasando el tiempo y te fuiste adueñando de mi mente y de mi corazón de tal manera que siendo mi hija muy muy pequeña ya me preguntaba cuando íbamos a Tu iglesia “¿por qué te quedas embobado mirando esa figura?” y yo ya le decía:” fíjate bien ,no es la figura..... es lo que representa lo que me emboba, la figura me transmite el fondo, me facilita traspasar el mundo de las prisas , el odio, la mentira, el dolor etc. y meterme en el silencio, en la profundidad de mi alma, un estado de comunión que no tiene palabras, no hablas, no escuchas, solo sientes el tiempo se detiene, sabes que estás en un estado más profundo donde lo externo no tiene tanta importancia, y miras al Cristo del refugio, miras sus ojos, miras sus llagas cuanto amor por expresar, cuánto dolor para enseñar que no es el dolor lo que realmente mata , es el miedo y el odio desmedido nunca reconocido el que se ensaña contra el amor intentando doblegar lo que nunca fue vencido”. Y claro, mi hija, pobretica mía, me miraba, sonreía pero no me entendía,.... ya lo entenderás cuando seas madre en silencio le decía

Hoy hace 30 años ya que te vi pasar un Jueves de Silencio, desde un callejón oscuro, algo atravesó mi corazón, el frio, el silencio, tu porte, ese olor, tus penitentes, todo se conjugo, y te rogué, rogué que me permitieras aliviar tu dolor en la medida que yo pudiera. Pues me viene de profesión ayudar a mitigar el dolor de un cuerpo en pena ;.Lo que es el destino! 20 años después mi rogativa fue escuchada y hasta me permitiste acompañarte levantando tu cruz con mis hermanos, y junto a ellos te sacamos en procesión por nuestras calles murcianas, nunca había visto tanto fervor como el que la gente procesa a tu paso, cada uno a su manera, abrazando en silencio Tu Refugio y reconociendo la grandiosidad de tu obra, vida y milagros

Hoy en día Tú y tu Iglesia me acompañan a diario, no solo el Jueves Santo, todos los días me enseñas un nuevo milagro, desde el nacimiento de una flor hasta la curación de otro hermano, da igual de manos de quien, lo importante es la nueva oportunidad que se le ha brindado para rehacer su vida, quién sabe si hasta ese momento equivocada

Por todo ello, Cristo del Refugio, Padre, Compañero, Hermano, Maestro. Gracias por tu Amor, gracias por tu Perdón, soy tu eterno servidor .

Cuenta conmigo!!





Las cofradías y los barrios

Alberto Castillo Baños

Periodista-Nazareno del año 2004

Siempre se ha dicho, y es así, que los barrios de la ciudad cobran vida año tras año si de sus respectivas parroquias sale una procesión en Semana Santa. Es como una llamada, un imán, un acontecimiento que los nativos de esa zona concreta no se quieren perder y que ha permanecido vivo en sus recuerdos de siempre. Quizá por ello llegado el día señalado para la salida procesional vuelven, del lugar donde se encuentren, para reencontrarse con su pasado mas reciente. Si analizamos los movimientos demográficos de Murcia, en la última década, nos daremos cuenta perfectamente de que el centro de la ciudad ha ido “despoblándose” de sus moradores de siempre que ahora han fijado sus residencias en las nuevas avenidas, núcleos residenciales o en lo que antes era la zona de la huerta convertida, por el progreso, en importantes y atractivas urbanizaciones. El centro se va despoblando y sus moradores actuales son nuevos en una gran mayoría que nada tienen que ver con los nacidos en esas calles llamadas “de toda la vida”. Esto ocurre en todos los barrios céntricos de la ciudad. Solo hay que girar visita cualquier día a cualquiera de ellos. San Lorenzo no iba a ser la excepción desde luego. Los que somos nativos de ese entramado de calles de la vieja y antigua judería murciana ya no vivimos allí y hemos visto, con el paso de los años, la transformación que ha sufrido constantemente. Hoy es un barrio de estudiantes. De pisos ocupados por una población juvenil, y bohemia, que por la proximidad de la Universidad se trasladan desde sus localidades de origen para vivir cerca de las aulas. A su alrededor, el comercio de toda la vida ha dado paso a locales de ocio o servicios expresamente pensados para ese tipo de consumidores. Todo ha cambiado y nada se parece a aquel barrio tranquilo, castizo y recoleto que conocimos en nuestra infancia y adolescencia. De aquellos comercios no queda casi ninguno y sus calles han sufrido una transformación que no se parecen en nada a aquellas otras por donde corríamos alegre y despreocupadamente. Donde jugamos a la pelota, al escondite, a indios y vaqueros o incluso donde tuvimos el primer encuentro con el amor adolescente. Nada es igual.

Pero llega Jueves Santo y el barrio, San Lorenzo, parece que despierta del letargo y cobra vida de nuevo pues vuelves a ver, con más años eso sí, a aquellos que compartieron contigo juegos y correrías infantiles. Que compartieron sueños y pupitres. Todo vuelve al punto de partida. Vivan donde vivan en la actualidad hay que ir ese día al barrio. La procesión se prepara y los ritos hay que cumplirlos. Pasar por la iglesia a media mañana a ver si ya esta el divino crucificado del Refugio en su paso procesional. Volver por la tarde a los oficios y ver, de nuevo, a aquellos otros parroquianos de toda la vida que, como tú, están ausentes de aquellas calles. Y luego, sin alejarse demasiado, tomar algo por aquellos nuevos establecimientos de hostelería y acudir a las inmediaciones del templo antes que den las diez de la noche en la torre catedralicia y la puerta principal de San Lorenzo abra sus puertas para que salga el austero cortejo del “silencio”. Es tu barrio, son tus raíces de siempre, son las cosas que te enseñaron tus padres, abuelos, tu familia que acudía año tras año a cumplir con el rito de ver salir e incluso seguir por las calles de Murcia al divino crucificado.

Quizá no vuelvas a San Lorenzo hasta el año siguiente. Seguramente no volverás a pasar por sus calles porque las tuyas, ahora, están muy lejos de esas otras. Pero Jueves Santo si vas. Por supuesto que acudes a la llamada de quien es el único Refugio. Vuelves a su lado en una nueva y renovada primavera. Es como entrar en



el túnel del tiempo. Te ves, niño, de las manos de tus padres o tus abuelos. Vuelves a sentir su presencia, aunque físicamente ya no estén a tu lado, y percibes incluso aquel olor a infancia. Ese olor que nunca deberíamos dejar de percibir porque es la única forma de poder acercarnos a Él. *“Dejad que los niños se acerquen a mi porque, de ellos, es el reino de los cielos”* Y el Jueves Santo te vuelves a sentir niño. Resucitas de tu pasado, cual Ave Fénix, y sientes el orgullo de tener algo que te pertenece a ti solamente porque han sido las verdaderas raíces de tu vida.

Esto no ocurre solamente en San Lorenzo. Lo viven en San Antolín, en el Carmen, San Pedro, San Bartolomé o Santa Eulalia. En San Juan Bautista o San Andres. Son las parroquias, los barrios, donde ahora viven gentes nuevas en su inmensa mayoría pero que llegado el día de “su procesión” hace volver a todos aquellos que una vez salieron de allí buscando otros horizontes pero que no se pierden la cita con la historia mientras que tengan fuerzas para hacerlo.

Es la fuerza que tienen nuestras Cofradías y Hermandades. Es su poder de convocatoria que nada ni nadie nos podrá quitar nunca pues va marcado a fuego en el alma de los que fuimos niños alguna vez. Hoy es San Lorenzo, mi barrio, el que me hace recordar tantas cosas que viví en sus calles pero siempre con la mirada puesta en un nuevo Jueves Santo cuando acudo, como siempre he hecho, a la convocatoria de un hermoso crucificado, con el que he crecido, que es el único Refugio que tengo en mi vida.





María, Nuestra Maestra en el silencio.

Antonio Sevilla Recio

En la vida Cristiana, la presencia del silencio es una necesidad, la relación del hombre con Dios es directa y por ello a todos nos requiere momentos intensos con Él. Si bien hay otros medios (vg: el Papa Benedicto XVI escribía sobre la importancia de la música), el más intenso y probablemente eficaz sea: el silencio.

Llega la Semana Santa, un año de espera, y parece que todos coincidimos en que la “Procesión del Silencio”, como comúnmente la denominamos en cualquier rincón de España, está siempre entre nuestras preferidas. El motivo es sencillo, para todos se convierte en un tiempo especial, nuestro contacto con el Señor es silencioso, más directo, sólo nosotros y para nosotros, íntimo, nuestros pecados, nuestro amor, el Amor del Señor, su Misericordia, el dolor de ambos, el suyo grande, el nuestro pequeño ... Es probablemente uno de los momentos más intenso de nuestra Semana Santa personal. Ahí es donde le decimos con intensidad, con pasión ante su Pasión ante su Muerte: SEÑOR QUE SEAS REFUGIO. A diferencia de la Eucaristía en la que nos encontramos ante Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, con la consciencia de que el Señor ha resucitado; en la procesión, con nuestro entendimiento, no más allá del de los discípulos, vemos un hombre que ha sufrido, y mucho, por nosotros, y nos sentimos culpables, no por lo que hicieron otros, nos sentimos culpables porque no vamos a ser capaces de llegar muy lejos con nuestra vida si el Señor no interviene, si su Misericordia no fuese infinita.

Para todo ello nos entregó al mejor maestro, o para bien decir a la mejor maestra: Nuestra Madre la Virgen María. Ella también es refugio: Refugio de los pecadores y Consoladora de los afligidos, como dicen sus Letanías. Su presencia principal en la inmensa noche del Jueves Santo está en el silencio. Su cercanía a Dios es impresionante; en los Evangelios habla lo imprescindible para entregarse completamente, el resto de las ocasiones es testigo silencioso y orante. Está presente de manera permanente en la vida pública de su Hijo, pero observa, mira, sufre y disfruta en silencio, ella sí sabe que es Hijo de Dios. La actitud más adecuada ante algo tan extraordinario es la contemplación silenciosa que permite hablar directamente con el Padre y decirle qué sentimos, qué necesitamos, cómo lo hacemos. A pesar del numeroso público, de los centenares de procesionistas nos encontramos con nosotros mismos, con nuestra realidad; los veleidosos seres humanos no amamos siempre igual, pero esa noche nuestro amor al Señor es de muchos quilates, como el de Nuestra Madre María. Es más fácil amar en la felicidad, en el dolor es muy difícil, Nuestra Madre fue probada en el dolor y su arma fue el silencio, silencio para orar, para tratar a Dios.

En ese mismo momento, delante del Cristo del Refugio, queremos recuperar todo el tiempo perdido o más bien todo el silencio perdido. María utilizó sus silencios para admirar, para sufrir, para adorar y para querer. Su fe había movido montañas para cambiar la Historia, la Nuestra moverá bastante menos pero al Cristo le basta con eso. La grandeza de esa noche es que nosotros también admiramos, sufrimos, adoramos y queremos tal y como Ella hizo y nos enseñó. La presencia de María se hace visible en nuestra genética celestial, de nosotros se podría decir en ese instante: “se parecen a su Madre”, piropo que si a todos agrada mucho, en esta ocasión especial sabe mucho mejor.

Ante el Cristo traemos lo mejor de nosotros, sobrecogidos, emocionados. Nos manifestamos con sencillez, perdemos nuestro barroquismo y complejidad para dar mensajes simples, de buenos propósitos, de mejores seres humanos. El hombre puede dar lo mejor de sí sin decir una palabra. La Palabra, el Verbo pasa crucificado para ser nuestro Refugio, y lo será. Y será nuestro Refugio como lo fue para María, en silencio. Así sólo se oye al Verbo, y resuena fuerte, muy fuerte, en nuestro corazón.

Ante el Cristo del Refugio, María, ya sabía que resucitaría, nosotros todavía no lo sabemos, tenemos que esperar, tenemos menos fe que Nuestra Madre. Tenemos la fe de los pescadores de Tiberiades y necesitamos que Cristo resucite para que la conversación que hemos tenido en silencio con Dios nos haga crecer como seres humanos.

Tal y como ocurrió hace 2.000 años, Cristo está crucificado y no está sólo, le acompaña la Virgen María al pie de la Cruz, María hace presencia a través de nuestro silencio, de nuestra oración, de nuestros corazones. Esa es la grandeza del Silencio: Nuestra Madre nos lo enseñó.





El poder de la Caridad

Jesús Ángel López Molina

No es mío, lo dejó entrever José María Escrivá de Balaguer, hoy beatificado. Sin embargo, he creído oportuno citarlo, porque es difícil olvidar ese capítulo 19 de su obra “Camino”, en el que recorre punto por punto las flaquezas humanas que todos tenemos, y que tratamos de ocultar en busca de una vida más cómoda, o más placentera, en la que nadie perturbe ese estado de complacencia material; de la que ni yo mismo se cómo huir.

Sin embargo, es cierto que nuestra flaqueza nos sirve de apoyo mutuo, porque unidos en pequeñas obras convertimos nuestra existencia en una gran empresa de la que fluye la satisfacción por haber ayudado a un hermano en Cristo, *“con tal delicadeza y naturalidad que ni el favorecido se dé cuenta de que estás haciendo más de lo que en justicia debes”*. Esta reflexión puede contradecir el concepto que sobre el ejercicio de la caridad tenemos los católicos, pues intentamos colaborar organizando conciertos, cenas, espectáculos de todo tipo, mercadillos, etc., intentando llegar, con nuestro esfuerzo individual, hasta el corazón de un colectivo más amplio. Y es, que existen colectivos en la Iglesia, en forma de asociaciones y organizaciones, que no surgen porque sí, sino porque ya estaban previstas, o así las confirma y define el Código Canónico para definirlas y darles un sentido que contiene toda una declaración preceptuada y genérica del fin al que deben ceñirse dichos colectivos. En efecto, su canon 298 expresa literalmente: *“In Ecclesia habentur consociationes distinctae”*, para decirnos a continuación que existen en la Iglesia asociaciones en las que los fieles, clérigos o laicos, o clérigos junto con laicos, trabajan juntos en la búsqueda de una vida más perfecta, promoviendo el culto público, la doctrina cristiana, y acciones de apostolado, con amplias iniciativas encaminadas a la evangelización; unidas al ejercicio de obras de piedad o de caridad. Algo nos suena a los que nos unimos en asociaciones para llevar a cabo este tipo de iniciativas, porque son las nuestras, en concreto, creadas con la pátina histórica de quien ha sentido las mismas inquietudes, y con ese espíritu de trascendencia en el que los años van dando sentido y fe a las obras; hasta el punto de que nos alegra celebrar los setenta y cinco años, los ciento cincuenta, o los doscientos, porque es señal de que están vivas y cumplen su función. En este punto, creo innecesario recordar que nuestras Cofradías contemplan todo esto; y a través de los años, fijadas esas iniciativas en reglas, o en estatutos y constituciones si aplicamos el vocabulario moderno. Sin duda, para sentir Cofradía plenamente, es siempre necesario el ejercicio de la caridad como principio básico de una concepción cristiana de la vida, conocida en el ámbito de la filosofía social como “solidaridad”, porque proviene de un grupo humano sólido. Y si algo es sólido, son nuestras Cofradías, que nos mueven a una gran parte de los murcianos a trabajar durante todo el año para llevar esa actividad de apostolado con iniciativa evangelizadora, hasta transformarlas en continuas iniciativas multiplicadas por 15 Cofradías de pasión, extensibles en nuestra ciudad al resto de Hermandades y Cofradías de Gloria constituidas en Murcia.

Por otra parte, y reflexionando sobre el citado Canon, si hubiésemos conseguido ya esa vida perfecta, quizás no harían falta las Cofradías, pues aplicando una lógica materialista social, una vez conseguido el objetivo, el medio dejaría de tener sentido. No es así, pues tratándose de un trabajo ejemplar, y teniendo en cuenta nuestra propia condición humana, todo esfuerzo es poco cuando se trata de conseguir la igualdad entre los hombres, solo por ser hijos de Dios, y por estar vinculados, de una forma especial, a un colectivo del que todos formamos parte. Con ello, reflexionar sobre la igualdad propuesta no significa dudar, pues la proponemos en nuestras asociaciones católicas, llámese en nuestro caso Cofradías, obligándonos moral y gravemente a ser coherentes con nuestra convivencia, a crearla, de forma que sea el servicio mutuo el principio por el que regirnos y por el que todo buen cristiano sabe que está en la tierra para servir y no para ser servido. Nosotros llamamos a este concepto “Hermandad”.



Y poniendo los pies en la tierra, ahora las Cofradías no pueden ser para la solidaridad un fin, sino un medio, intentando que sean las personas quienes deban recibir el bien, sea de manera directa o indirecta, pues la solidaridad nace de las personas y se dirige a ellas como principio y fin. Solidaridad como participación, apoyo, fraternidad, respaldo, unión, fidelidad, ayuda, defensa, favor, transmite una idea multifuncional, por tratarse de una misma palabra con un mismo concepto, pero que admite multitudes de formas y de funciones. Adhesión es unión y acuerdo por una idea, como lo es el hecho de que a las Cofradías les mueve la consecución de una unión entre sus miembros desde la que poder afrontar objetivos de ayuda a los demás; considerados como Caridad Cristiana, así, con mayúsculas.

Crucemos entonces el umbral, busquemos la verdad, y reencontraremos una organización social que goza de una fuerza atrayente de la que es difícil escapar cuando te ves inmerso en ella, bien sea porque se colabora con otras organizaciones, fundaciones o instituciones de ayuda solidaria, o bien porque se lleve a cabo una sencilla campaña de recogida de alimentos; nada es desechable. Quizás falte unificar más fuerzas, más esfuerzos, adhiriéndolos a un mismo fin, y proyectarlos a la consecución de unos objetivos más amplios, en un cabildo común, que convierta el grano en una montaña, y eso solo lo puede conseguir una auténtica fraternidad entre Cofradías, porque es el afecto y el vínculo entre hermanos lo que define a tan peculiar tipo de asociaciones; a diferencia de otras, o lo que es lo mismo, la fidelidad como virtud necesaria para dar cumplimiento a una promesa de acción, que incluye entre sus medios la incondicionalidad. En este sentido, siempre me he sentido atraído por un cuadro muy especial del pintor malagueño Pablo Ruiz Picasso, realizado cuando solo tenía 15 años, y en el que expresaba, con imagen, y con un grave realismo pictórico, ese poder de la Caridad, aliada con la ciencia, representada por el médico, y en el que utilizaba como modelo para hacer de enferma a una mendiga y su hijo, encontrados en la calle¹. La monja sosteniendo al niño, junto con el médico que la atiende en un hospital de beneficencia del siglo XIX, representan el compromiso ineludible e incondicional de la Iglesia para ayudar al más necesitado. Su mera contemplación nos transporta a otra época que, lamentablemente, no se aparta demasiado de nuestra realidad actual, salvando los medios, y conservando el hecho de que siguen siendo las asociaciones de fieles (llámense Cofradías), y las organizaciones e instituciones católicas las que siguen ejerciendo Caridad, con toda la fuerza y poder que describe su primera letra en mayúscula. Esa es la reflexión que ofrezco en estas líneas y a la que invito al lector para que, observando detenidamente el cuadro, sienta ese poder de la Caridad que humildemente he podido apreciar también y que nos transporta al nuevo realismo social.



¹ Ciencia y Caridad. Óleo sobre tela, pintado por Pablo Ruiz Picasso (1.897), donado en 1970 por el pintor, y expuesta en el museo Picasso de Barcelona.



El Santísimo Cristo del Refugio

Francisco Sardina

Cuando contemplamos una obra de arte nos convertimos en seres privilegiados. Delante de una obra maestra de la pintura, la música o la escultura se nos ofrece la facultad de trascender más allá de la materialidad del objeto que tenemos delante de los ojos. La madera tallada por el artista nos transporta a un mundo diferente, hace volar nuestras ideas y nuestros pensamientos a otras dimensiones en el espacio y en el tiempo. Incluso, esto es lo más sorprendente, no necesitamos conocer las intenciones del creador, porque al contemplarla deja de ser suya y se hace nuestra. Su belleza, su emoción, su armonía se convierten en propias para el espectador, el nazareno, el turista o el viajero que la observa.

Si a la escultura, pongamos por caso la de Cristo en la cruz, le añadimos que el observador, el espectador resulta ser una persona de fe, entonces la trascendencia que nos envuelve al contemplarla ahonda, más aún, si cabe, en la historia de la fe, la nuestra, la cristiana, transmitida a lo largo de los siglos por los ondulantes meandros de la historia. Sobre todo, remueve el conformismo y la fatalidad de que la historia se acabará dentro de unos instantes, de manera inmediata, cuando Jesús exhale su último suspiro en un lugar que llamaban Gólgota.

El magnífico escultor del Santísimo Cristo del Refugio, posiblemente el florentino Jacobo Torni, concibió su Cristo en un momento preciso de la historia, la suya personal, como artista y hombre de fe (resultaría imposible esculpirlo sin tenerla y muy profunda), en el marco de una sociedad muy específica, la murciana de principios del siglo XVI. La cabeza ladeada, la cabellera recogida hacia su hombro derecho, los brazos arqueados, las piernas flexionadas y, por encima de todo, esos ojos a punto de entornarse, la boca entreabierta y el rostro pálido, donde cabe la duda de si el dolor es más fuerte que la serenidad del momento final. O viceversa. Es decir, cuatro historias, separadas por siglos, confluyen en la talla, en una sola: la del propio artista, la de los fieles murcianos de la época que la comisionaron, la de Jesús entregando su espíritu. Y por supuesto en la nuestra hodierna.

Como si el artista italiano se hubiera convertido en el incomparable fotógrafo, mucho antes de que se inventara la fotografía, de una instantánea precisa. La tangibilidad del leño esculpido congelado en un instante tan concreto como fugaz. El segundo exacto cuando Jesús acaba de pronunciar: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" (Lucas 23, 46). Esta es su séptima y última palabra, en realidad, frase, en la cruz. El momento definitivo cuando el gran telón de la vida, de la historia de una vida, la del Nazareno, está bajando. Fin de la historia. ¿Fin de la historia?

Contemplando al Santísimo Cristo del Refugio tenemos la certeza de que, en realidad, no fue así. Para ser exactos, ese instante tan exacto fue, más bien, el principio. El inicio de otra historia: la trazada en la estela, plena de esperanza, del Resucitado. He ahí la gran habilidad de un artista de la categoría del Florentino. Conseguir que su obra nos siga interpelando en nuestra fe pese al paso de las centurias. Como interpeló a los murcianos de principios del XVI, nos interroga a nosotros, tantas décadas, tantos siglos después de que saliera de su taller.

A cada época, sus dudas, sus problemas, sus incertidumbres. A cada uno de los fieles que se postra a sus pies: sus respuestas, sus soluciones, sus seguridades. Aunque el nombre de Santísimo Cristo del Refugio se le haya asignado no hace muchas décadas, lo cierto es que la talla de Torni ha hecho honor a su nombre desde el mismo instante que el artista plantó su martillo en la gubia que desprendió la primera viruta.



Un mismo crucificado ante el que miles de murcianos se han postrado, desde hace siglos, con sus vacilaciones, titubeos, desconfianzas. Cada uno con su fardo de penas y tristezas, con su hatillo de gozos ya alegrías. Tan diversas como son cada uno de los fieles que contemplan, la noche del Jueves Santo, su paso, en solemne silencio, por las calles de la ciudad de Murcia, su majestuoso caminar por el río de la historia. La de todos y cada uno de nosotros. ¿Qué nos dirá en la Semana Santa 2018 a cada uno de nosotros? ¿Qué respuestas nos ofrecerá en un mundo, aparentemente, caótico, confuso y trastornado?

Si, como algunos afirman, la historia es cíclica, no resulta impensable que mientras caminamos hacia adelante en nuestras vidas, de alguna manera, también estemos volviendo hacia atrás. A los años turbulentos cuando el Cristo estuvo “emparedao”, a los otros cuando nuestro Jacobo luchaba a brazo partido con la madera informe. A esas últimas palabras pronunciadas en el Gólgota: “En tus manos encomiendo mi espíritu”. ¿Más atrás en la historia?

Sí. Al mismo instante cuando comenzó la historia de la humanidad. Cuando “Jesús Salvador, rebotante de compasión y gracia abrazó a Adán, arrodillado a sus pies, con amor y le dijo: “La paz sea contigo, Adán, y con tus descendientes por siempre y para siempre”. Entonces nuestro padre Adán, nos dice el Evangelio (apócrifo) de Nicodemo, se levantó y proclamó: “Contemplad las manos que me formaron y que han venido a hacer libre a toda la humanidad”.





Jueves Santo. Obrar en silencio

Alfonso Sánchez Martínez

Mayordomo de Honor

El silencio significa algo más que la interrupción de los sonidos (Ramón Andrés)

Y es que el silencio, secuestra el habla, encierra la palabra y facilita la oración callada y personal.

El silencio se convierte en crítico y juez, despejando comportamientos y normas.

Orar en silencio, es conectar directamente con Dios, gustar y dialogar con Él. No solo pedir sino dejarse llevar por el camino de la paz interior.

En el Jueves del Silencio, llegada la noche, nazarenos frailunos que escoltan al Cristo del Refugio por las calles de Murcia, avivan calladamente su amistad con Dios, en íntimo y fluido diálogo.

Es la noche del sonido del corazón como único ruido capaz de distraer su atención.

Desde el silencio con la mirada fija en el asfalto, paso lento, calles oscuras, se analiza mejor la conducta humana y nuestro propio proceder.

Es la hora de la meditación, el tiempo propicio para orar. Sin que nadie te distraiga, sin que nada te aturda, sin que te roben la imaginación para otros pensamientos.

Participar esta noche en la procesión del silencio, o unirse a ella como simple espectador en cualquiera de las aceras en sus calles, contemplando su recorrido, es tener el privilegio y la oportunidad de sentir, vivir y participar en la interiorización de la mejor forma de orar silenciosamente con Dios, al paso del Cristo del Refugio.



VicenteJ Montesinos



El Cristo del Refugio entre la estética de la escuela Castellana y la Andaluza

José Luis Melendreras Gimerno

Dr. en Historia del Arte



Crucificado de Gregorio Fernández



Crucificado de Alonso Berruguete



Detalle del rostro del Cristo de la Clemencia Montañés

Los Crucificados barrocos castellanos del gran escultor e imaginero vallisoletano Gregorio Fernández y su escuela, en el siglo XVII, se caracterizaron por poseer un estilo naturalista, no exento de dramatismo, herederos de una rica tradición, de claro y obvio estilo expresionista y realista, el cual nos ofrece ejemplos muy característicos como los Crucificados del gran escultor castellano del siglo XVI, nacido en Paredes de Nava, Alonso Berruguete, en sus grandes trabajos cristíferos que se conservan en el Museo Nacional de Escultura de Valladolid¹.

También en tierras zamoranas y leonesas, los Crucificados muestran estas notas de caracteres trágicos y dramáticos de Cristos Crucificados lacerados y sangrientos.

Todo lo contrario y opuesto nos ofrece la Escuela Barroca Andaluza, que desde finales del siglo XVI, y a lo largo de su siglo de oro el XVII, nos señala ejemplos de Cristos clavados en la Cruz, donde el paradigma cristífero, presenta signos de clemencia, dulzura, serenidad, equilibrio, medida, dentro de unas coordenadas de belleza infinita. El ejemplo más claro y evidente lo tenemos en el Cristo Crucificado de la Clemencia, conservado en la Capilla de los Cálices de la Catedral Metropolitana de Sevilla, obra maestra de la iconografía cristífera del barroco andaluz, español y universal. Del genio de la imaginería barroca española Juan Martínez Montañés². "El Lisipo Andalusí", como era conocido en su época. Obra encargada por el arcediano de la catedral de Sevilla Vázquez de Leca. Parece ser que para ejecutar dicha obra, el genio sevillano de esta inconmensurable obra se inspiró en un boceto de un Crucificado de Miguel Ángel Buonarrotti del siglo XVI.

El cuerpo que describe el Crucificado de Martínez Montañés, es de un modelado exquisito, naturalista, de carnes suaves y blandas, de tórax apolíneo, sin apenas regueros de sangre, donde este genial artista, modela con suavidad, los músculos de las piernas, como son el recto, y el vasto interno y externo, ambas rodillas, las rótulas, rayando la perfección anatómica, al igual que en sus piernas. La tibia y el peroné, y los gemelos. Sus pies aparecen cruzados y traspasados por un clavo, siguiendo la tradición de Santa Brígida, auténtico prodigio de perfección en dedos, uñas, músculos, huesos, venas y arterias.

El rostro es de una gran belleza y serenidad, que contrasta con su dulzura y bondad, muy distinto a los rostros dramáticos y realistas de la escuela vallisoletana, representada por su gran maestro Gregorio Fernández.

1 AZCARATE RISTORI, José María de : Alonso Berruguete. Cuatro Ensayos. Madrid. Dirección General de Bellas Artes. Madrid, 1963.

- TRENAS, Julio: La Apoteosis de la Crispación. Ensayos en torno a la vida y a la obra de Alonso González de Berruguete. Madrid. Dirección General de Bellas Artes. 1963. págs. 49 y 50.

2 HERNÁNDEZ DÍAZ, José: Juan Martínez Montañés. Sevilla. 1987. págs. 106-107. 110-114.



Para nuestro escultor e imaginero contemporáneo cordobés Antonio Bernal Redondo, el Cristo de la Clemencia de Martínez Montañés: “Es el Cristo entre los Cristos, de gran perfección y suave modelado”³

Todo lo contrario, a Montañés, es su discípulo, el genial imaginero cordobés Juan de Mesa, que en su magnífico Cristo Crucificado del Amor⁴ conservado en la iglesia parroquial del Salvador de Sevilla, presenta unos rasgos más dramáticos, trágicos y realistas que en el Crucificado de su genial maestro.

Como ejemplo de paroxismo y rayando casi a la suma perfección técnica, anatómica y estilística, tenemos al Cristo de la Expiración, también llamado por el vulgo “el Cachorro de Triana”, obra maestra de la iconografía cristífera universal debida a la gubia y al cincel del genio del imaginero sevillano Francisco Antonio Ruiz Gijón⁵. Con su rostro elevado y mirando hacia el cielo, con sus brazos perpendiculares, mostrando los bíceps y tríceps. Con su impresionante tórax levantado y el diafragma hundido, señalando con precisión matemática en la madera las costillas y los serratos, así como el arco torácico. El paño de pureza es un prodigio de movimiento barroco al viento, y no digamos sus piernas y pies de impecable belleza y perfecta anatomía.

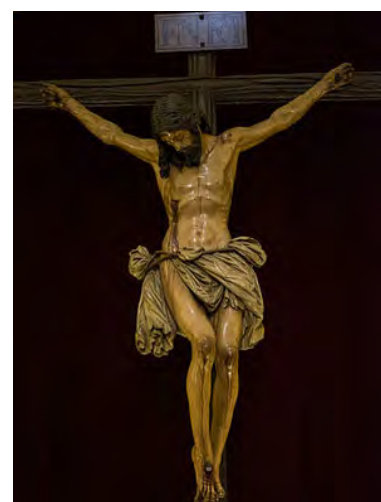
Es el último canto del cisne de la iconografía cristífera, de la escuela barroca andaluza, que comienza con el Cristo de la Clemencia de Montañés y termina felizmente con el Cristo de la Expiración de Ruiz Gijón.

Las notas más prototípicas de este Cristo Crucificado del Cachorro de Triana, serían su portentoso realismo, su soberbia expresión y el dramatismo que expresa su rostro y su divino cuerpo. Es casi imposible superar esta magnífica obra, donde belleza, equilibrio, y una anatomía prodigiosa se dan la mano.

Finalmente, señalaremos que en nuestro Cristo Crucificado del Refugio de la Cofradía del “Silencio”, en la noche del Jueves Santo murciano, se ofrecen unas notas características de los grandes Crucificados españoles, que son sus caracteres castellanos con obras de clara y notoria influencia en Berruguete y Jerónimo Quijano, con aportaciones estilísticas del barroco andaluz, granadino y sevillano., que hacen que esta magistral obra posea unas notas altamente sobresalientes en nuestra imaginería iconográfica cristífera.



Detalle cabeza Cristo Cachorro Luis Gijón Sevilla



Cristo de la Buena Muerte Juan de Mesa Univ. Sevilla

³ Entrevista a Antonio Bernal Redondo. Tertulia Cofrade, pasiondobenitense, 14 de febrero de 2013.114.

⁴ MARTÍN CAMPOS, Manuel: “El Cristo del Amor de Juan de Mesa, plenitud de la Contrarreforma”. Boletín de las Cofradías de Sevilla, 1982, pág. 82.

⁵ BERNALES BALLESTEROS, Jorge: Francisco Antonio Ruiz Gijón. Sevilla, 1982, pág. 82.





22 de abril de 1943, La primera procesión

Manuel Ayuso Medina

Sin ninguna duda el año 2017 ha sido muy importante para la Cofradía del Santísimo Cristo del Refugio, la celebración del 75 aniversario de su fundación ha estado plagada de actos que han tratado acercar más el espíritu de la cofradía a la Murcia nazarena, exposiciones, publicación del libro de su historia y un concierto conmemorativo, que culminaron con una eucaristía de acción de gracias y en recuerdo de los cofrades que nos precedieron, y que terminó con la entrega de los galardones concedidos en este año. La Cofradía ha recibido distinciones de distintas cofradías e instituciones entre las que cabe destacar la Medalla de Oro de la Ciudad de Murcia.

Pero lo que realmente se celebró este año ha sido la fundación canónica, según el decreto firmado el 15 de noviembre de 1942 por el entonces Obispo de la Diócesis Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Miguel de los Santos y Díaz Gómara a propuesta del párroco de San Lorenzo D. Manuel Nadal Hernández, secundado por los tres conocidos fundadores Ramón Sánchez-Parra García, Enrique Ayuso Serrano y José López Pujol. Poco más ocurrió ese año de la fundación, la constitución de la primera Junta Directiva y la el primer quinario predicado por el Rvdo. P. Ángel Gómez, S.J. celebrado entre los días 25 al 29 de noviembre, son también acontecimientos a destacar.

Pero la primera salida procesional fue el 22 de abril de 1943, por lo que este año se cumplirán 75 años de aquella primera e histórica salida de la Procesión del Silencio. Previamente, el Martes Santo, se habían celebrado las ceremonias de imposición de túnicas y bendición de escapularios a todos los cofrades que participarían en ella.

Muchas veces pienso en aquellos primeros cofrades, todo era nuevo para ellos, desde la túnica a la forma de procesionar, muy distinta a las que se conocían en Murcia. La severidad de la procesión impone hoy y supongo que mucho más en aquel año. El silencio haría más difícil organizar la procesión, pero todo estaba previsto, cada uno sabía el puesto que tenía que ocupar y la procesión se formó completamente dentro de la iglesia tal y como saldría a la calle, pero faltaba eso, había que recorrer Murcia y todos querían que saliera perfecto.

Aún hoy hay nervios en los momentos previos, cuando esperamos que suene la última campanada del reloj para abrir las puertas de San Lorenzo y que comience la procesión, son momentos en los que el corazón se acelera, y si esto nos pasa después de 75 años ¿cómo sería aquel primer año? ¿Qué sintieron aquellos primeros cofrades cuando, al sonar la última de las doce campanadas del reloj, el Hermano Mayor de Procesión dio los tres golpes reglamentarios con su cetro de campana indicando que empezaba la procesión y se abrieron las puertas de la iglesia? Me habría gustado vivir esos momentos, imagino a los cofrades por las oscuras calles de Murcia, en silencio, meditando o rezando, pero al mismo tiempo pensando que estaban viviendo un momento histórico.

Cuando por fin llegaron a San Lorenzo, después de más de tres horas de recorrido, y las puertas de la Iglesia se cerraron se entonó, como se hacía en los primeros años, un Miserere y cuando terminó fueron abandonando la iglesia en riguroso silencio hasta llegar a sus casas, cansados por el larguísimo recorrido de aquel año y por las altas horas de la madrugada en que pudieron quitarse la túnica. La procesión había terminado, pero realmente ese día había empezado la historia de la Procesión del Silencio.



Las nuevas estaciones del Vía Crucis

En el año 1954 nuestra Cofradía incorporó a su procesión unos artísticos faroles con las catorce estaciones de Vía Crucis pintados al oleo sobre cristal. Desde ese año desfilan intercalados entre las filas nazarenos y se han convertido en un símbolo de nuestra procesión. Pero con el paso de los años estas pinturas se han ido deteriorando y, aunque fueron restauradas, algunas se encontraban muy dañadas por lo que se estimó que era necesario sustituirlas.

Las nuevas estaciones han sido pintadas por diez pintores murcianos de reconocido prestigio y fueron estrenadas en la procesión del pasado año, pasando a engrosar el patrimonio de la Cofradía.

Estación I

Jesús sentenciado a muerte

Nono García



Estación II

Jesús es cargado en la cruz

Nicolás de Maya



Estación III

Jesús cae la primera vez debajo de la cruz

José María Falgas



Estación IV

Jesús encuentra a su afligida madre

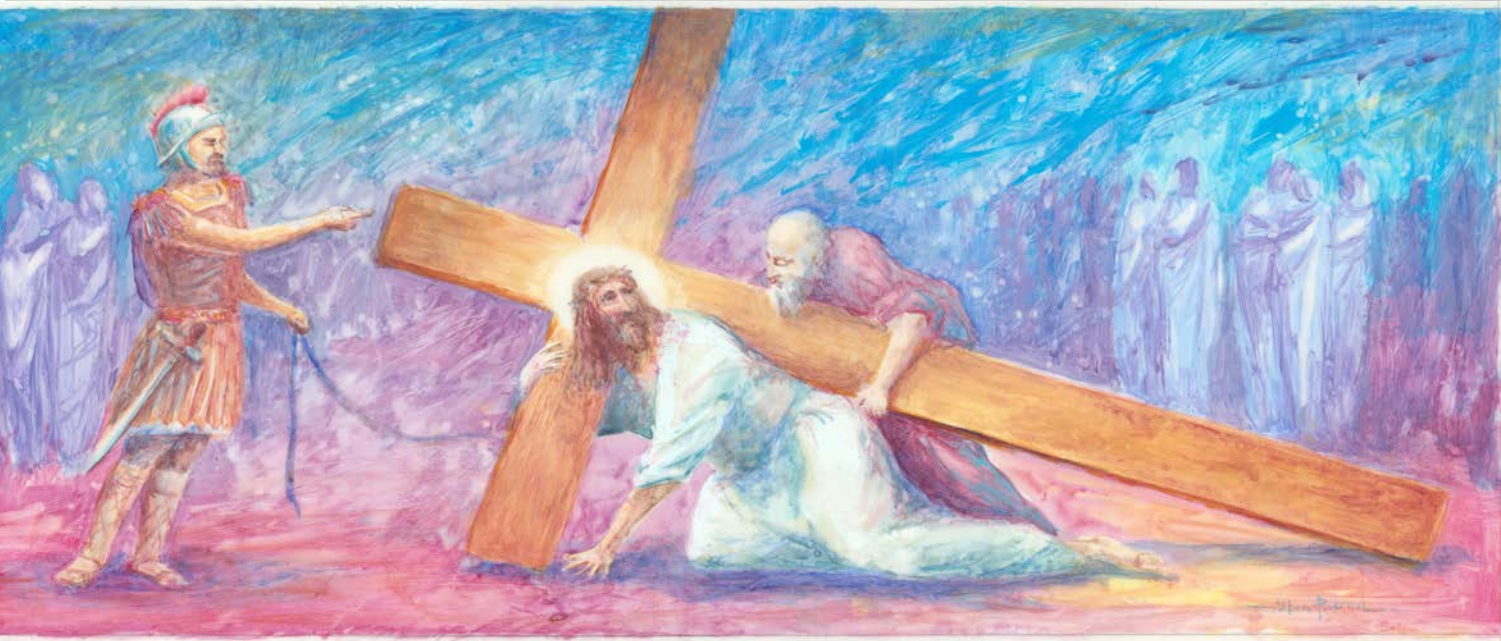
José María Falgas



Estación V

Simón ayuda a Jesús a llevar la cruz

Esteban Bernal Aguirre



Estación VI

Simón ayuda a Jesús a llevar la cruz

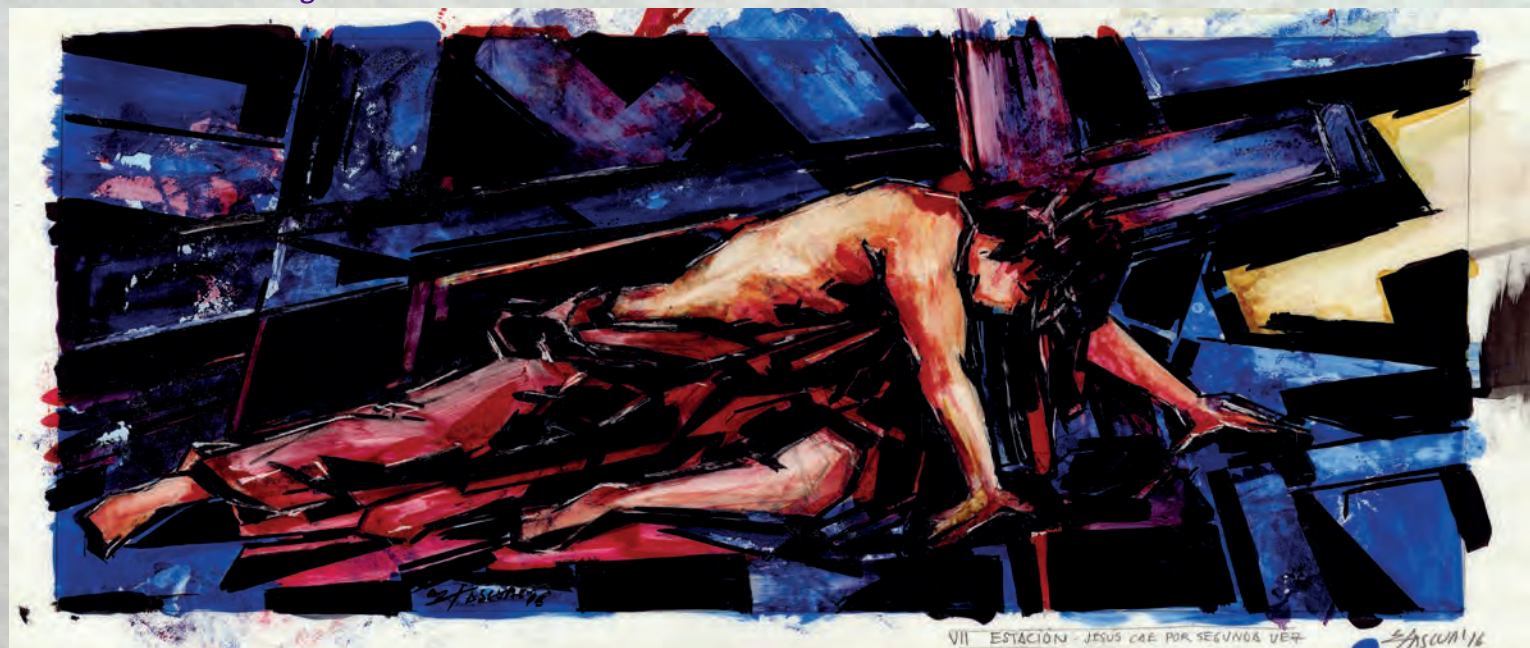
Jorge Beltri



Estación VII

Jesús cae la segunda vez con la cruz

Emilio Pascual



Estación VIII

Las Mujeres de Jerusalén lloran por Jesús

Juan Antonio Fernández Labaña



Estación IX

Jesús cae la tercera vez con la cruz

Antonio Tapia



Estación X

Jesús es despojado de sus vestiduras

Carlos Pardo



Estación XI

Jesús es clavado en la cruz

Luis J. Fernández



Estación XII
Jesús muere en la cruz

Fulgencio Saura Mira



Estación XIII
Jesús es bajado de la cruz

Juan Antonio Fernández Labaña



Estación XIV
Jesús colocado en el sepulcro

Fulgencio Saura Mira







MEMORIA DE ACTOS DEL AÑO 2017

Este ha sido un año plagado de actos por la celebración del 75 aniversario de la fundación de la Cofradía que comenzó, como viene siendo habitual, con las Charlas de Formación celebradas los días 17, 18 y 19 de enero. El primer día “Hoy estarás conmigo en el Paraíso” impartida por el Padre Francisco Martínez Fresneda, el segundo día “Cofradía del Refugio: apuntes para una historia” tuvo como ponente a D. Alberto Castillo Baños y el último día “La música sacra en nuestras Cofradías y la Coral Discantus: historia y futuro” correspondió a D. Alejandro Romero.

El día 10 de febrero se celebró el Cabildo General Ordinario de Cuentas.

El día 7 de marzo fue el día elegido para la presentación de los actos conmemorativos del aniversario y comenzó con la inauguración, en la iglesia museo de San Juan de Dios, de la exposición “DOMINUS REFUGIUM MEUM” en la que se mostraba el patrimonio de la Cofradía. Y a continuación en el Real Casino de Murcia se celebró la presentación de todos los actos previstos durante el año. Fue presentado por el periodista Alberto Castillo y finalizó con la presentación, por el Cronista Oficial de Murcia D. Antonio Botías, del libro “LA PROCESIÓN DEL SILENCIO, 75 AÑOS DE HISTORIA” escrito por el cofrade Manuel Ayuso Medina. Se inauguraron en la Sala Alta del casino la exposición “REFUGIO, UN FOTOGRAFO BAJO EL CAPUZ,” donde se mostraba el trabajo fotográfico realizado por Juan Antonio Fernández Labaña sobre la Procesión del Silencio y la exposición “FAROLAS DE LAS ESTACIONES DEL VÍA CRUCIS” donde se expusieron los nuevos faroles del Vía Crucis pintados por Nono García, Nicolás de Maya, José María Falgas, Esteban Bernal Aguirre, Jorge Beltrí, Emilio Pascual, Juan Antonio Fernández Labaña, Antonio Tapia, Carlos Pardo, Luis J. Fernández y Fulgencio Saura Mira. Al finalizar estos actos se sirvió un vino español.





El día 10 de marzo nuestro Cristo del Refugio presidió el Vía Crucis que organizó el Cabildo Superior de por el interior de la Santa Iglesia Catedral, donde fue portado por miembros de la Policía Nacional, en su calidad de Mayordomos de Honor de nuestra Cofradía.



El solemne quinario en honor del Santísimo Cristo del Refugio, presidido por el Excmo. Y Rvdmo. D. Francisco Gil Hellín, Arzobispo Emérito de Burgos, se celebró los días 21, 22, 23, 24 y 25 de marzo, celebrándose el primer día, como es tradicional, la ceremonia de investidura de túnicas e imposición de escapularios a los nuevos cofrades.

El día 24 de marzo, al finalizar el quinario de ese día, se presentó el número 19 de la revista Silencio. El presentador en esta ocasión fue el Excmo. Sr. D. José Francisco Ballesta Germán, Alcalde de Murcia.

El día 29 de marzo se celebró el Cabildo General Ordinario de Procesión.

El día 13 de abril, Jueves Santo a las 10 de la noche, salió la Procesión del Silencio con su recorrido habitual.

El día 14 de abril, dentro de los Oficios de la Muerte del Señor, se realizó la adoración de la Cruz y el Besapie al Santísimo Cristo del Refugio.

El día 19 de abril recibimos en la puerta de nuestra sede a la Patrona de Murcia, donde se realizó una ofrenda de flores y este año como novedad se colocó la imagen del Cristo del Refugio bajo el dintel de la puerta de San Lorenzo realizándose así un emotivo encuentro.



El día 30 de abril para la celebración de “Los Mayos” nuestra Cofradía colocó, como es tradicional una gran Cruz de flores en la puesta lateral de San Lorenzo, ante la cual cantaron distintas peñas huertanas.

El día 5 de mayo, al finalizar la tradicional Cena Nazarena celebrada en el Hotel 7 Coronas de Murcia, nuestro cofrade Miguel Ángel Pomares Torres recibió su nombramiento de Nazareno del Año 2017 y José Manuel Sánchez Ayuso el de Nazareno de Honor.

El día 13 de mayo, en el Salón de Columnas del Palacio Almudí el Excmo. Sr. Alcalde de Murcia entregó a nuestra cofradía la Medalla de Oro de la Ciudad de Murcia.

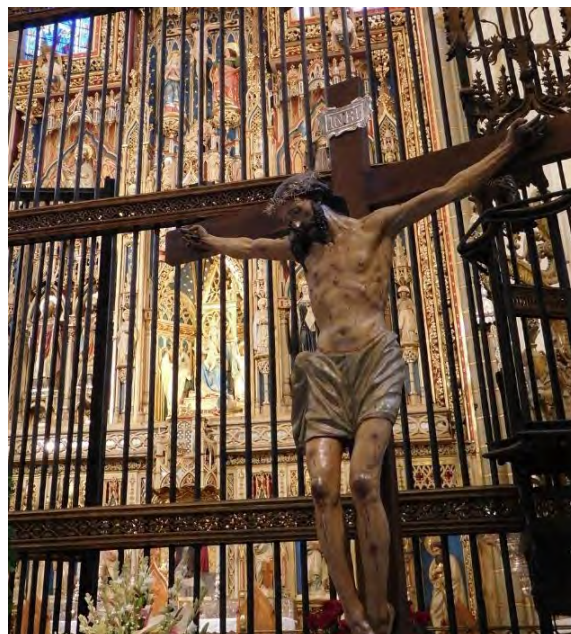
El día 18 de junio nuestra Cofradía participó, como todos los años, en la procesión del Corpus con su estandarte y una representación de mayordomos, cofrades adscritas y cofrades aspirantes.

Del 2 al 20 de noviembre nuestro Cristo del Refugio formó parte de la exposición Splendor Crucis que organizó el Cabildo Superior de Cofradías con motivo del III Congreso Internacional del Cofradías en el Convento del San Antonio.





El día 7 de noviembre, en el convento de San Antonio, se presentó el cupón de la ONCE que con la imagen del Cristo del Refugio, se vendió en toda España el día 15 de noviembre, aniversario de la fundación.



El día 12 de noviembre la imagen del Cristo del Refugio presidió la solemne eucaristía que se celebró en la catedral como clausura del III Congreso Internacional de Cofradías y Hermandades.



El día 14 de noviembre en el Teatro Circo, se celebró el concierto conmemorativo del 75 aniversario donde la Coral Discantus junto a la Orquesta Sinfónica de la UCAM interpretaron el "Réquiem" de W.A. Mozart.



El día 18 de noviembre a las 12 h. se celebró la eucaristía de acción de gracias por el aniversario de la fundación. Al finalizar la misma se entregaron



la distinciones que en este año concedió la Cofradía, que correspondieron a las siguientes personas: Cofrades adscritas distinguidas: D^a M^a Pérez Botía y D^a Pilar Fontes Meseguer. Cofrade Portapasos distinguido: D. Marcos Amorós Casalins y D. Francisco Pellicer Nadal. Cofrade Distinguido: D. Pablo Fernández Ayuso. Nazareno de Honor 2017: D. José Manuel Sánchez Ayuso. Menciones Especiales: a cada uno de los pintores de las nuevas estaciones del Vía Crucis (Nono García, Nicolás de Maya, José M^a Falgas, Esteban Bernal Aguirre, Jorge Beltri, Emilio Pascual, Juan Antonio Fernández Labaña, Antonio Tapia, Carlos Pardo, Luis J. Fernández y Fulgencio Saura Mira), a D. Miguel Ángel Pomares Torres (Nazareno del Año 2017), a D. Manuel Fernández Delgado y a la Sta. Iglesia Catedral (por su 550 aniversario). Mayordomos de Honor: D. Domingo Garriga Puerto, D. Luis Alberto Marín González, D. Juan Antonio Fernández Labaña, D. José Luis Mendoza Pérez y al Excmo. Sr. D. José Ballesta Germán, Alcalde de Murcia. Abad Honorario a Perpetuidad: Rvdo. D. Alfredo Hernández González. XVIII Memorial Ramón Sánchez-Parra Jaén: Excmo. Ayuntamiento de Murcia por el 750 aniversario de la creación del Concejo de Murcia. Insignia de Oro de la Cofradía: D. Manuel Ayuso Medina.

El día 7 de diciembre, tras el Pregón que este año pronunció nuestro Hermano Mayor, participamos en la procesión y ofrenda de flores ante monumento de la Inmaculada Concepción.

Nuestra Cofradía ha recibido en este año numerosas distinciones, además de la ya mencionada Medalla de Oro de la Ciudad de Murcia, Mención Especial de la Cofradía del Amparo, y de la Cofradía de la Caridad, Mayordomo de Honor de la Cofradía de Santísimo Cristo del Perdón, Premio Triunfadores en la categoría de Semana Santa otorgado por el Club Taurino de Murcia y Confraternización con la Hermandad de Ntra. Sra. de Gracia. Además como homenaje al 75 aniversario de nuestra fundación el Ángel Servita llevó en sus manos la corona de espinas del Cristo del Refugio en la procesión del Viernes Santo.

El Hermano Mayor de la cofradía ha sido también este año pregonero de la Semana Santa de Ricote y del Fervorín a la Virgen de la Arrixaca.







San Lorenzo
FLORISTAS

Alejandro Seiquer, 2 y 10
30001 Murcia

www.floristeriasanlorenzo.es

Tlfs. y Fax:
968 21 87 92
968 21 33 92



AMANDO
DE FUNDICIÓN
ARTE

Tlf. 968 89 84 41

www.fundirmetal.es



**CENTRO DE CONSERVACIÓN
Y RESTAURACIÓN**

968 215 957

C/Álamos, 3 - Bajo 30002 Murcia (Junto Plaza La Paja)



Martínez Barba

ALIMENTACIÓN SELECTA

Saavedra Fajardo, 7
30001 Murcia

Telf. 968 21 17 06
Fax 968 21 94 98

PISANO
LONG WALK

MURCIA

C/ Maestro Alonso
Avda. Constitución
C/ Manresa
C.C. Thader

www.pisano.es





Cofradía del Sma. Cristo del Refugio
Procesión del Silencio
Murcia



Con la colaboración del
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MURCIA

